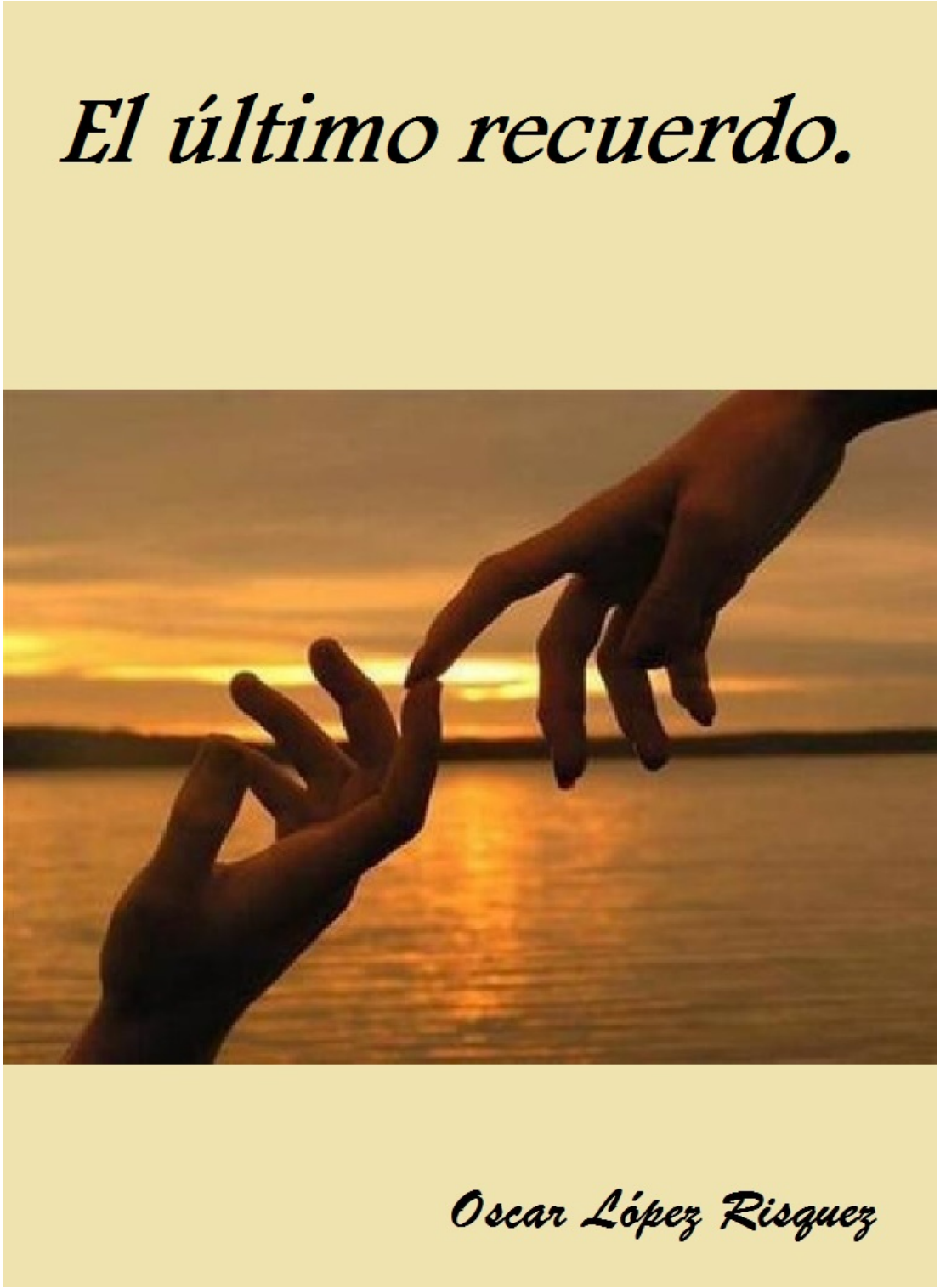
El último recuerdo

Oscar López Risquez



Capítulo 1

CAPÍTULO 1:

SALVA

En los días en que aconteció este relato, yo solo era un muchacho. ¿Qué saben o sabíamos los jóvenes de la vida y de las consecuencias que contratamos con ella?, cuando eres joven, nadie te explica los pormenores de esa letra pequeña. ¿O quizás sí?, y no ponemos la suficiente atención para escucharla. Pero lo que es seguro, es que llegamos a este mundo con una capacidad natural para obviar todo buen consejo, y pensar que todo acto espontáneo surgido de un momento ocurrente y aparentemente ingenuo, no puede conllevar efectos anexos y que si de estos se desprende cualquier fruto indeseado, con el único afán de expresar el desconocimiento y reafirmarnos en nuestra juventud e inexperiencia, nos libera de la culpa. Nada más lejos de la realidad. Lo peor es que de esta realidad se aprende tiempo después de haber cometido el error y cumplir la dura condena ayuda mucho a ello. Y precisamente uno de esos momentos fueron los que me llevaron a pagar la mayor penitencia que jamás la vida me había exigido.

Incluso después de lo ocurrido y en mi estado actual, sigo detallando escrupulosamente cada fotograma, cada audio memorizado de aquella época, en definitiva, cada recuerdo de aquellos años para tratar de entender mejor mis actos. Con veintidós no tenía la experiencia suficiente sobre mis hombros para analizar las cosas y menos para sacar unas conclusiones que llevasen la paz a mi alma. Un descanso que aún está buscando después de más de veinte años. Es curioso que con todos los capítulos vividos, al final acabamos explicando y resumiendo nuestra historia en un pequeño montón de mini relatos. Es este uno de esos capítulos de mi vida, sin duda el más importante. Fue pequeño porque tan solo duró unos años, pero grande para mí por el significado y las consecuencias que llevó consigo.

Yo, no era más que una persona común, nada especial. Navegaba por la línea media de cualquier adolescente, sin destacar del resto del rebaño y por mi carácter más bien introvertido, desposeído de un círculo de amistades relevante. Pues mi conducta era esa, la de un muchacho que, como a la mayoría, le gustaba divertirse y disfrutar pero intentando pasar desapercibido a la vez.

Mi nombre es Salvador o más conocido entre mis amigos como "Salva". Lejos de los típicos perfiles que a menudo muestran las películas de Hollywood; no tuve una infancia triste, ni amargada, algo solitaria, sí, pero eso fue más una decisión mía. Digamos que mis gustos no eran los mismos que los de la mayoría de la tribu. Y con ello no quiero decir que

fuese un perturbado, o un lunático con perspectivas suicidas, ni rollos raros, simplemente me gustaban otras cosas que no requerían de un gran número de participantes para hacerlas divertidas. Viví con unos padres que me quisieron y me dieron todo lo que su estatus de clase obrera les permitió, más que suficiente para criar a un hijo único. En definitiva fui feliz, a mi manera, pero lo fui.

Una estatura media, color de pelo castaño y ojos marrones, favorecían aún más la necesidad de vulgaridad y transparencia que buscaba en mi día a día. Si hubiera tenido la posibilidad de autodiseñarme seguramente me dibujaría con esos atributos. Los deportes nunca fueron precisamente mi punto fuerte, más bien mi talón de Aquiles, porque mi coordinación en su desempeño no era para lanzar elogios. Pero además de mi desarmonizada habilidad física, también era cierto que los deportes de masas; tales como futbol, baloncesto y otros tipos de circos Romanos no me atraían, ni en el coliseo ni tras la caja tonta. Todo aquello que requiriera de expresiones soeces y demostraciones estultas de testosterona me repudiaba bastante. Y si todo lo anterior fuera poco, desde que tengo memoria padezco el virus de la timidez extrema, bien conocido por todos aquellos que lo hemos sufrido. De muy difícil tratamiento e imposible curación. La distancia, tartamudez estúpida o incluso afonía crónica son algunos de sus más severos síntomas.

Desde que tengo recuerdos un tanto sólidos, me ha cautivado el funcionamiento de las cosas, de los chismes, dispositivos; de todo aquello que en su interior tuviera algo que lo hiciera interesante. Cuando me regalaban un juguete, no solo me fascinaba su diseño, o las cosas que pudiera hacer, en definitiva lo que atrae a la mayoría de los niños, yo los miraba desde otro punto de vista, como el que hace una radiografía de un hueso roto. Está claro que jugar con ellos también me apetecía, pero el desentrañar los misterios ocultos en su interior, el cómo y porqué de su funcionamiento, era más fuerte. Les daba una tregua de unos días, básicamente para hacer más leve la reprimenda de mis padres cuando vieran que ya lo estaba desmontando con apenas uso. Solían ponerse bastante airados, dado que en la mayoría de los casos, la reconstrucción de los mismos por mi parte resultaba infructuosa, por lo que mi padre se veía obligado a devanarse los sesos tratando de encajar nuevamente todas las piezas. Pero a pesar de que mi baúl de juguetes era un conjunto de trastos, en su mayoría poco funcionales y carentes de muchas de sus partes. A mí no me importaba, porque con los restos de desguace imaginaba y construía nuevos objetos a los que les daba funciones fantásticas. Algo de lo que nunca he carecido y de lo que estoy muy orgulloso es de mi imaginación. Gracias a ella me era muy fácil construir dispositivos de ensueño e imaginar funcionalidades sorprendentes que los hacían únicos. Esta pasión y esa creatividad, es la que me llevo a decidir de alguna manera mi futuro académico.

Recuerdo a Roberto, mi gran y posiblemente único amigo de la infancia, como nos colábamos en el garaje de su padre llevando algún trasto viejo para desguace o reparación, aunque esto último no ocurrió nunca. Jamás supe realmente a que se dedicaba su padre, pero la diversidad de herramientas y maquinaria de todo tipo que tenía, siempre me fascinó. Todas esas llaves y destornilladores, perfectamente colocado y ordenados por tamaños y funcionalidad en la pared, daba respeto tocarlos. Pero era un buen hombre, y siempre nos permitía usar todo con la única premisa de dejarlo limpio y en su lugar.

Roberto y yo nos recorríamos las calles de la ciudad, como caza tesoros, desde nuestra perspectiva, y a modo pordiosero visto desde el resto del mundo. Pero no importaba, ya que cada captura era una joya que envolvía secretos que queríamos descubrir, y nos permitía aprender infinidad de cosas de ella, por lo general: televisores, radios, etc. abandonados para morir junto a los contendores de basura. La verdad es que no poseíamos conocimientos de electrónica, por lo que todas aquellas placas, circuitos y componentes no sabíamos darles demasiado uso, pero era fascinante mirarlos y pensar que alguien fue capaz de idearlos en su cabeza y crear todo aquello. Cuando por suerte o casualidad encontrábamos algo que funcionaba, se convertía en nuestro conejillo de indias, le hacíamos todo lo inimaginable hasta que predeciblemente moría, por lo normal en forma de nube de humo tóxica.

Acumulábamos las piezas en un baúl de madera, construido por el padre de Roberto, con madera de unos palés que guardábamos en el garaje. Todo lo que parecía útil o simplemente interesante lo metíamos dentro y pasaba a formar parte de nuestra colección particular. Así pasamos muchos años hasta finalizar la E.S.O. Teníamos prácticamente la decisión tomada de que ninguno de los dos haría bachillerato, ya que deseábamos empezar a entender algo de todo aquello que estábamos haciendo lo más pronto posible y para ello los que más rápido nos lo ofrecía era la Formación Profesional. Pero ese sueño no llego a cumplirse, por lo menos para Roberto.

El matrimonio entre sus padres hacía tiempo que se había estado deteriorando, algo de lo que yo no era consciente, porque por vergüenza o auto negación Roberto no me había hecho partícipe. La madre de Roberto no era catalana, creo que nació en Logroño y tenía casi toda su familia y negocio familiar allí. Se vino a vivir a Tarragona a raíz de conocer al padre de Roberto, el cual estuvo trabajando una temporada allí. Y ahora que la relación había terminado, regresaba a su pueblo natal, donde le esperaba sus padres, hermanos y un trabajo, arrastrando con ella a su hijo. Todos los sueños que habíamos creado sobre lo que construiríamos, con los conocimientos que adquiriríamos ahí, se desvanecían, pero esto no hundió mi determinación, la reafirmo aún más. Todo aquello era mi pasión e iría a por ella. De Roberto poco más supe desde entonces, al principio nos mandamos algunas cartas, con muchas buenas intenciones, promesas y

demás. Pero la distancia hizo bien su trabajo y enfrío la amistad, haciendo que cada cual tomara sendas diferentes con rumbos opuestos, Durante algunos años supe algo de su vida a través de su padre, el cual siguió siendo mi vecino por algún tiempo, hasta que un día al salir de casa vi un cartel de "se vende" colgado del balcón de su casa, y después de eso nada.

A pesar de los planes hechos entre Roberto y yo, la idea del bachillerato nunca me enamoraba demasiado, la universidad no era algo que entrara en mis planes. Sí, ya sé que un chaval con catorce años no está capacitado para tomar este tipo de decisiones, pero por aquel entonces lo veía con claridad. Además, la formación profesional me ofrecía aquello que tanto me gustaba, la posibilidad de manipular las entrañas de muchos artefactos, y de hurgar en los misterios de su funcionamiento. La gran cantidad de talleres y la oferta tecnológica decanto por mayoría absoluta la votación.

El Instituto no se me dio mal, aprobando todo aquello que cursaba, pero siguiendo con mi obsesiva necesidad de ser invisible. A pesar de que pasé cinco años formándome en electrónica dentro de aquel centro, con más de 1000 alumnos entrando y saliendo todos los días, no hice amistades abundantes ni duraderas, la verdad es que eché de menos la compañía de mi amigo. Si él hubiera estado, me habría evitado la ardua tarea de tener que confraternizar con gente nueva, algo que se me daba francamente mal. Lo intenté en varias ocasiones, con diferentes candidatos, pero mi total incompetencia para este trabajo, hizo que me limitara a interactuar con mis compañeros in situ, tratando temas académicos y no profundizando en mis gustos ni actividades personales. Supongo que muchos me consideraban un "bicho raro", lo sospecho porque aun hoy en día sus miradas siguen siendo de menosprecio y prejuicio. En el fondo, no los culpo, ya que el principal responsable de mi reclusión y aislamiento era yo mismo, lo que me hacía salir de los estándares, algo que en esta sociedad te estigmatiza frente a los demás. Sé lo que estaréis pensando, que este comportamiento no es el mejor si queremos ser discretos, pero no supe hacerlo mejor.

Llegada la mayoría de edad, decidí ocupar mis veranos trabajando, solo encontré faenas mal pagadas, con horarios abusivos, trabajos que me enseñaron a que no quería dedicar mi vida, pero de momento cumplían su cometido. La hostelería, por suerte o por desgracia, en Tarragona, tiene una oferta de trabajo importante en épocas vacacionales, gracias a una zona turística de mucho renombre como es Salou, Vila-seca y Cambrils, y más aún si sumamos al conjunto uno de los parques temáticos más importantes de Europa. Gracias a todo ello era fácil encontrar donde

ocupar mi tiempo libre durante el verano. Casi siempre terminaba trabajando de camarero en algún bar o pub, y prácticamente siempre cubriendo horarios de ocio nocturno. En el fondo no me arrepiento de haber ejercido en el mundo de la hostelería, ya que me obligo a abrirme un poco y a empezar a interactuar con la gente, algo casi obligado si tenemos en cuenta el fundamento del ramo al que me dedicaba.

Te veías obligado a tratar con personajes de todo tipo, como aquellos que esporádicamente se escapaban para liberarse de las tensiones, los reconocía rápidamente porque devoraban sus copas con rapidez, disfrutándolas y tras un par de ellas, desataban su lengua explicándome problemas y anécdotas de todo tipo, confortándolos con mi fingida atención. Me divertían mucho los expertos en caza mayor, personaje con una gran seguridad en sí mismos y vestidos como triunfadores de programa de televisión, que como suricatos oteaban todo el local seleccionando sus posibles víctimas, cuyas copas impasibles esperaban a ser atendidas a pesar de que no eran más que la excusa que les permitía conservar la posición. Y no podían faltar los tímidos, que como sombras, consumían sus bebidas en las esquinas, o las zonas más oscuras del local, ocultándose, tratando de ser invisibles, pero lanzado fugaces y tímidas miradas a aquellas a las que jamás serían capaces de balbucear palabra. ¿Y qué decir de ellas?, yo las dividía en tres grupos, las inocentes, las que parecían inocentes, y las que no lo eran. Las inocentes solían ir en grupos de 4,5 o más, normalmente de chicas y con indumentaria que no sugerían nada, ropa neutra que decía yo, por lo normal no se hacían notar demasiado, hablaban, comentaban sus cosas pero sin demasiado énfasis, y cuando un chico se les acercaba parecían quinceañeras ruborizándose y cuchicheando. Resultaba raro verlas pasarse de tono con la bebida y desgraciadamente, muy a menudo, caer en las artimañas de algún cazador. El segundo grupo, más divertido de observar, con indumentarias más sugerentes y maquillajes más trabajados, emitían una energía que embriagaba y alteraba la testosterona de los observadores, pero intimidando a su vez al personal. Hasta algunas jóvenes se sentían amedrentadas, solo los alfas de la manada osaban aproximarse, siendo la mayoría de las ocasiones, repudiados entre risas y miradas de desprecio, los cuales emprendían su retirada entre el jolgorio y recochineo de los demás miembros de su jauría. Y qué decir del tercer grupo, era fácil identificarlas, ya que solían ser almas solitarias, como muchos binomios, ocupaban los centros de las pistas o pódiums, muy ceñidas y acotadas en sus ropajes, se pavoneaban de una manera muy especial y sugerente lo que atraía a una gran variedad de especímenes.

Siendo positivo, diré que todo ese tiempo me fue de utilidad, aprendí mucho del comportamiento humano. Conseguí fugaces amistades, en su mayoría de cariz interesado, con la finalidad de obtener copas gratis, el teléfono de alguna camarera, o algún otro tipo de favor.

Pero el verano del 97 fue diferente, no recuerdo exactamente el día, pero sí, perfectamente ese calor pegajoso y agobiante típico del mes de agosto en Salou, las gotas de sudor, surcaban mi espalda sin descanso en vertiginoso descenso para acumularse en la parte baja de mi camisa, remarcando cada vez más un oasis húmedo en el centro de mi espalda, algo que me hacía sentir incómodo tanto por su molesta sensación, como por su impropia imagen. Pero la noche aún era joven, no serían más de la una de la madrugada y a nadie parecía importarle el bochorno.

Esa noche me tocó trabajar en una de las barras exteriores del local. Situada en la parte trasera del recinto, cubierta bajo el manto permeable de la noche, sin otro cobijo que el de los ligeros atuendos que portaban los asistentes. Tenía como eje central una pista de baile circular de piso firme, copando gran parte de la superficie, mientras que el resto estaba compuesto por una gruesa capa de fina graba de tonos grisáceos. Repartidos por todo el perímetro exterior, aparecían, de forma aleatoria, deliciosos rincones formados por sofás blancos de tela, decorados por cojines multicolores repletos de flecos lanosos, que envolvían pequeñas mesas blancas de mimbre con cubierta de cristal glaseado, decoradas en sus centros mediante velas metálicas insertadas en lo que parecían pequeñas fuentes de vidrio. Y para complementarlo todo de manera perfecta, una iluminación muy tenue y cálida compuesta por múltiples fanales que moraban en el suelo de grava, ofreciendo un toque muy íntimo y especial. El conjunto podía albergar a más de cuarenta individuos, y aquel día puedo asegurar que el aforo estaba completo.

Sonaba una música más tranquila y personal que la del interior, una selección de canciones rock y pop de diferentes épocas e idiomas, acompañadas con momentos más íntimos conducidos por románticas baladas. Un arcoíris de luces multicolores acariciaban de modo aleatorio los cuerpos de todos los que se deslizaban por la pista, contorneando sus extremidades al son de las melodías. Prefería con creces aquel ambiente, a pesar de la ausencia de aire acondicionado. El contacto de la brisa, cuando la había, tener la estrellas por cobijo, la ausencia del olor rancio a tabaco impregnándolo todo, sin la neblina de nicotina que impedía ver aquellos rostros, que dibujaban en sus caras infinidad de expresiones, matizando cada uno de ellos un sentimiento único, hacían la noche mucho más llevadera.

Como un astrónomo queda maravillado cuando descubre un nuevo cuerpo celeste, incapaz de retirar su mirada ante la belleza de tal espectáculo, observando cada segundo del infinito recorrido, aun sabiendo que la ruta es lineal e inalterable. Así me sentí por un momento, al descubrirla a ella. Había más de treinta personas bailando en aquella pista, pero al verla por primera vez, consiguió hacerlas desaparecer, un truco digno del gran Houdini. No logro entender cuál fue la oscura magia que empleó contra

mí, pero su embrujo poseyó mi mente desconectándola de mi voluntad.

Su rostro, esculpido en simetría perfecta que tan solo la juventud puede otorgar, expresaba despreocupación y desaliño. Un maquillaje trasparente y fugaz evitaba manipular su naturalidad y acrecentado todo ello con la rebeldía de unos cabellos sueltos y despreocupados que ocultaban parte de su ojo derecho, denotando una sencillez y espontaneidad que me encantaba. Al igual que el cometa del observador, yo controlaba impasible su rumbo, un camino que inevitablemente guiaba sus pasos hacia mis dominios. Tal como sorteaba a los dinámicos obstáculos que como peonzas merodeaban a su alrededor y se aproximaba, podía delinear cada vez mejor su silueta, y su rostro tomaba una definición que me permitía mejorar la percepción que ya tenía de su belleza.

A menos de un metro de mí, sus ojos azules parecían zafiros sacados de un cofre del tesoro. Libres ya del fantasma engañoso de los focos que los camuflaban de mil colores, atravesaron los míos tomando el control de mi mirada. La timidez por unos segundos desapareció, hasta que su aroma me alcanzó, reactivándose y apartando mis ojos con un movimiento entre sutil y forzado. Pero su semblante ya había sido almacenado bit a bit dentro de mi cabeza, únicamente con cerrar los ojos un segundo, era capaz de verla observándome fijamente, con ese aspecto sencillo, pero a la vez interesante, sin intención de provocar, pero que te apetecía descubrir. Vestía esa media sonrisa picarona que dejaba entrever un pequeño hoyuelo que me resultaba delicioso, era preciosa.

Se paró frente a mí, tan solo nos separaba el ancho de aquella maldita barra, permaneció impasible durante unos segundos mientras decidía entre la multitud de botellas de licores expuestas a mi espalda. La miré nuevamente, tratando de convertir aquella mirada de fascinación en algo profesional y con un ligero tartamudeo conseguí dirigirme a ella:

—¡Ho... hola!, ¿qué deseas tomar? —Balbucee.

Siguió callada absorta en algo. Pensé en algún comentario ingenioso, algo divertido, que rompiera su letargo y centrara su atención en mí. El cerebro empezó a trabajar con desespero, exploté a mis neuronas como si de un esclavista se tratara, pero ese talento nunca había sido una de mis destrezas. Finalmente rompió su silencio:

—¡Hola!, es la primera noche que salgo de fiesta por Salou, y lo cierto es que quiero tomar algo, pero no sé muy bien qué. ¿Qué me aconsejas?

¡Buf!, cerebro ahora sí que te necesito, rogué. Y de forma increíble me

llego la inspiración:

—Gracias por tu confianza, pero necesito saber más de ti para poderte aconsejar. —con esa respuesta podía justificar casi cualquier pregunta que me permitiera conocerla mejor, era una oportunidad perfecta.

—¿Y qué quieres saber? —me contesto con un toque irónico.

—Pues, por ejemplo, ¿de dónde eres?

—¿Y eso te servirá para averiguar qué bebida puedo elegir? —me miro desconfiada.

—La zona de procedencia puede decir mucho de uno, llevo tiempo en este negocio y hay típicos que casi nunca fallan —una explicación con la que quería hacerme parecer un experto en la materia.

Me lanzó una mirada entre desconfiada e intrigada, tratando de averiguar si hablaba en serio o tan solo quería tomarle el pelo o ligar con ella, ¿por qué no?

—¡Vale!, jugaré a tu juego, puesto que lo he empezado yo. Pero lo haremos de otra manera, a mi manera.

Ese giro me sorprendió y me desconcertó un poco, ya que parecía que había aceptado mis reglas y de pronto las quería fijar ella. La situación empezaba a gustarme, me sentía cómodo hablando con aquella desconocida. Era una persona fácil de conversar, alguien con la que cualquier tema podía fluir de forma rápida y espontánea. Temía en un principio el típico diálogo de besugos, limitado a onomatopeyas, y generalmente restringida a uno de los conversantes, pero no fue así.

—¡Ok!, ¿qué propones? —respondí tratando de mostrar interés.

—Todo lo que quieras saber de mí lo tendrás que averiguar —expuso, arqueando una de las cejas y mostrando una media sonrisa con la que acababa de firmar su participación en el juego.

La noche se ponía interesante, no podía imaginar que otro día que se planteaba repleto de la misma rutina estuviera convirtiéndose en una noche para el recuerdo.

—Por tu manera de hablar sé que no eres catalana.

—Eso ha sido muy fácil, si no lo haces mejor creo que me buscaré otro camarero.

—Me amenazo con una encantadora sonrisa. Y por supuesto, no iba a permitir que eso ocurriera.

—Hablas un castellano muy claro y sin acentos. Tú has de ser del centro, de la meseta. —Tras la afirmación le lancé una mirada interrogatoria, pero a su vez con un porte divertido para mantener el clímax.

—¡Muy bien!, ¡bravo!, vas en buena dirección, parece que de momento no necesitaré otro camarero.

—Me gusta escuchar eso, Seguiré esforzándome —le respondí tratando de reafirmarme en mi empeño.

—Lo cierto es que me estoy divirtiendo, pero de tanto hablar se me está secando la boca y necesito remojarla con algo.

—Dame dos oportunidades más y te garantizo que te ofreceré la bebida que estás deseando —le suplique.

En ese preciso momento aparecieron otros clientes a los cuales tuve que atender, ya que no podía olvidar cuál era la finalidad de mi posición. Mientras preparaba los combinados que me habían solicitado, mi mente navegaba por otros mares. Unos en los que temía que este lapso pudiera romper la magia del momento que estábamos viviendo, el destino no podía ser tan cruel. Por primera vez en mi vida había sido capaz de vencer a mi mayor enemigo, mi timidez estaba doblegada a mi voluntad, permitiéndome conocer a la persona que durante años solo fui capaz de imaginar en mis sueños más increíbles y osados. Nada más unos segundos con ella me habían bastado para saber que era maravillosa, no sabía cómo, pero tenía que conseguir llegar a su timón para poder encaminar su rumbo hacia mí.

—¿Sigues aquí?, temía que la espera te hubiera apartado de mi barra, algo estaré haciendo bien para que sigas aquí. —Confieso que no sé de donde saque la seguridad en mí mismo para construir semejante frase. Algo de lo que fui consciente al terminar de pronunciarla.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, ¿te suele funcionar con las chicas? —tras ese comentario con cierto retintín, temí haberme excedido echando todo por tierra. Una sensación muy desagradable recorrió todo mi sistema nervioso como si de una descarga se tratase, produciéndome un ligero temblor en las manos, algo que procuré disimular escondiéndolas en los bolsillos de mi pantalón.

—¡Eres de Madrid! —expuse arriesgándome pero mostrando una falsa seguridad, tratando a su vez de desviar el tema.

—¡Correcto!, muy bien. ¿Cómo lo has sabido? —pregunto con tono de sorpresa.

—Y como buena madrileña quieres una cerveza bien fresquita, ¿me equivoco?

—Pues la verdad es que sí me apetece mucho. ¿Y cómo relacionas a los madrileños con la cerveza? —Formuló la pregunta que temía y la respuesta marcaría claramente una derrota aplastante o el comienzo de un segundo «Round».

—Ninguna, es lo que te iba a ofrecerte desde el principio, pero me has parecido una chica muy simpática y agradable y tratar de conocerte me resultaba una idea muy

atractiva, así que me he arriesgado —no me atreví a mirarle a los ojos por miedo a su reacción.

Se quedó callada, cogió la cerveza, dejo un billete, se giró en dirección opuesta a mí y empezó a alejarse. Todo parecía perdido, pero súbitamente se detuvo y empecé a escuchar unas risas que trataban de ser ahogadas. Se giró de nuevo, me miró y me dijo:

—Creo que este verano puede ser interesante, no volveremos a ver.

—¿Cómo te llamas? —Grité.

—Deja algo para otro día —Me contestó mientras se alejaba dejándome una sensación en mi interior de soledad y esperanza, de alegría y desespero. Lo que me hizo sentir aquella chica en unos minutos es inexpresable con palabras, cualquier descripción es parca en sentimiento.

El verano seguía avanzando, y los días desfilaban ante mí, impasibles, encaminándose al final de la estación. Cada noche regresaba al "pup" con la nueva esperanza de volverme a cruzar con ella y atestiguar si lo sucedido había sido solo un flirteo o podía abrir mis esperanzas a algo más. Pero las decepciones se sucedían, el magnetismo que me llevo a aquella desconocida era incapaz de replicarlo, por más y más chicas que se aproximaran a mi barra a hacer sus demandas, las sensaciones, las ganas de entablar conversación se limitaban a lo profesional, a lo rutinario. Me había dejado marcado, no era capaz de entender como una persona totalmente forastera, de la cual desconocía hasta su nombre y con la que tan solo cruce un pequeño número de palabras, podía sembrar en mí ese sentimiento que me estaba torturando. A medida que el tiempo se dilataba cada vez más desde nuestro encuentro, empecé a intentar borrar cualquier rastro de esperanza de volverla a ver. Me sentía un poco idiota, ¿cuántas veces había visto cosas parecidas en mi trabajo?, Salou era una ciudad que en verano multiplicaba su población por cuatro o

cinco, siendo la mayoría veraneantes que pasaban tan solo una semana o quince días, regresando nuevamente a sus hogares después. Y posiblemente convirtiendo en simples anécdotas todo lo acontecido durante ese tiempo.

Me la imaginaba en su ciudad, con sus amigos, explicándoles que había conocido a un camarero ingenuo, al que le lanzó el anzuelo, el cual había picado como un tonto. La veía rodeada de todos ellos riendo y ridiculizando la situación, mientras sus amigos hacían comentarios graciosos al respecto. A pesar de poner todo mi esfuerzo en quitármela de la cabeza, estar en aquella barra reviviendo aquel momento cada vez que escuchaba la canción con las que trascurrió no me ayudaban demasiado.

—¡Alicia! — Me sorprendió una voz tras de mí.

—¿Qué?

—Me preguntaste mi nombre el otro día, y te contesto. Me llamo Alicia. Espero que la intriga no haya sido demasiado insoportable — comento mientras empezaba a reírse marcando esos hoyuelos que me volvían loco y con la sonrisa más perfecta que jamás imaginé. Estaba extasiado, me había pillado fuera de combate, la timidez me estaba dominando nuevamente, y corría peligro de perder esta batalla. Pero lo que había en juego era demasiado importante y conseguí recomponerme.

—Empezaba a pensar que tan solo fuiste fruto de mi imaginación el otro día.

—¿Quién te dice que no lo soy?

—Créeme estoy seguro, ni de cerca tengo tanta imaginación —le confesé, en tono serio y perspicaz, algo que le resulto muy divertido —¿Me vas a hacer adivinar hoy también lo que quieres tomar?

—No, qué va, no soy tan cruel, pero admito que me lo pasé bien el otro día y confieso que por un momento me tomaste el pelo —El guiño de su ojo me hizo entender que fue un acierto el juego de la cerveza.

—Me alegro de verte de vuelta por aquí, y reconozco que yo también disfrute de aquel rato —expuse sin mostrar demasiado interés, ya que no quería asustarla. Era extremadamente novato en este campo y cada paso era como caminar por un desfiladero, por lo que tenía que analizarlos todos concienzudamente.

—Por cierto, ¿cómo te he de llamar?, ¿señor camarero?

—Ostras, tienes razón, me llamo Salvador, pero todos me llaman Salva.

Alicia había venido con un grupo de amigas. Se pasó toda la noche entre idas y venidas. Estaba un rato conmigo charlando, me pedía algo como excusa para no levantar sospecha ante ellas y regresaba con el grupo. Vino en tantas ocasiones que comencé a temer por su salud, ya que empezaba a entrar en zona de riesgo de borrachera. Pero finalmente su coartada se vio comprometida y no tuvo más remedio que presentármelas y aceptar el flirteo que llevábamos. La velada, a pesar de durar más de cinco horas, me resulto increíblemente corta y sobre todo muy divertida y excitante a la vez, pero la noche llegó a su fin y decidieron que era hora de regresar al hotel. A pesar de que habíamos hablado muchísimo y pude conocer muchas cosas de ella, no conseguí arrancarle ni su teléfono, ni e-mail, ni un próximo encuentro fijado. La noche había sido increíble, disfrute como nunca. Se despertaron en mis sensaciones desconocidas, sentimientos agridulces. Estaba extasiado, pero a la vez triste, como si me faltase algo. No identificaba lo que me pasaba, nunca me había sentido así. ¿Estaba enamorado?

Volvía a estar como al principio, con muchas esperanzas, pero sin realidades, nada tangible a lo que agarrarme, no sabía qué pensar, jamás lidie antes con estos sentimientos. Pasó un día, y nada, el segundo será, pues, y nada. Llego el tercero y la soledad siguió a mi lado fielmente, haciendo crecer esa sensación de desespero que conlleva la espera impaciente. Empezó el cuarto ya casi sin esperanzas y como el boxeador que quiere tirar la toalla y solo sigue en pie por el simple hecho de no darse por vencido, de no aceptar la derrota mientras sus piernas puedan sostenerlo, así me sentía yo. Miré instintivamente como hacía todos los días al rincón donde solía estar, con la casi certeza de cruzar mi mirada con algún desconocido, pero no fue así, allí estaba ella, más preciosa, si cabe, que nunca. Con un vestido negro de raso, que acariciaban su figura tal y como caía hasta sus rodillas, adhiriéndose a su piel como si formara parte de ella, delineaba unas cotas perfectas con ángulos casi imposibles que producían en mí, un estado de excitación máximo, desataban mi imaginación hasta puntos inconfesables. Tacones de diez centímetros añadidos a su altura natural, que no era nada desdeñable, le hacían unas piernas quilométricas, dándole un porte y una presencia que encandilaba. Me miró y sin pensárselo lanzo sus pasos en mi dirección, como David hizo con las aguas del Mar Rojo, ella creó el mismo efecto en aquellos que bailaban en la pista, los cuales se apartaban a su paso.

—Hola Salva —dijo con un tono frío y artificial.

—Hola Alicia, me alegro de verte. No sabía si te vería antes de que partieras de nuevo a Madrid.

—Pues aquí me tienes —contesto apartando la mirada. Una traicionera

gota se escapó del cautiverio de su ojo derecho.

—¿Qué ocurre? —le pregunte con preocupación e impregnado de su desánimo.

—Lo siento... —y se fue a su rincón con un alud de lágrimas desbordando sus ojos. Mi alma se encogió como una esponja que se seca al sol, mil ideas asaltaron mi cabeza, ¿qué ocurre?, ¿por qué llora?, ¿ha sido mi culpa?, ¿qué había hecho mal?… No lo entendía. Seguí mirándola desde la distancia sin perderme detalle, vi como sus amigas se agolpaban a su alrededor con la misma expresión de extrañez que seguramente mostraba yo. Obvié por completo mis obligaciones como "barman" y me centré únicamente en lo que acontecía en aquel rincón. Observé cómo sus amigas hablaban con ella mientras me miraban, y pude confirmar que yo era el causante de aquella situación, aunque incapaz de racionalizar el motivo. No se me ocurría qué podía haber hecho para hacerla llorar. Me sentía sucio, mala persona, infame y no entendía por qué. Poco a poco se calmaron los ánimos y me sorprendió ver que nuevamente se dirigió a mí.

—Perdóname Salva, no quiero que te sientas mal, no es culpa, tuya, bueno, sí lo es, en parte. Siento que me hayas visto así y te pido disculpas si te he hecho sentir culpable, soy una persona muy visceral y tiendo a expresar demasiado mis sentimientos.

—No hay nada que perdonar, pero si he dicho o hecho algo que te haya ofendido, créeme que lo siento y te pido mil perdones —mi tono era débil y entrecortado, el nerviosismo que moraba en mi interior era palpable. Seguía con el sentimiento de culpabilidad afincado en mí y su razonamiento no conseguía que me desprendiera de él.

—No has hecho nada malo, Salva. Todo lo contrario me has hecho sentir genial en los pocos momentos que hemos estado juntos. Lo único que siento es no poder alargar esto un poco más y poder quedar contigo a solas y conocernos mejor. Charlar toda la noche y desentrañar nuestras vidas. Pero aunque me duela, es inútil hacerlo más personal, ya que tú vives aquí y yo a quinientos quilómetros. Salva, no soy chica de una noche, ni de un verano, yo no soy así. Me divirtió el rollo al principio, pero lo he empezado a ver de forma más personal y no quiero. No quiero dar falsas esperanzas ni hacer daño a nadie —las lágrimas asomaron nuevamente en sus ojos, aunque la intensidad era menor, el flujo no se detenía —me has llegado más hondo de lo que jamás imaginé, cuando me decían que un desconocido podía convertirse en alguien tan importante en tan poco tiempo, me reía y los trataba de ingenuos.

—Pero, Alicia...

—Por favor, Salva, déjame terminar —me dijo entre sollozos

—Vale, perdóname.

—He venido a tu bar a despedirme, pues mañana me voy para Madrid. He creído que te merecías eso como mínimo, pues te has portado muy bien conmigo. No has pretendido nada, ni te has intentado propasar conmigo. Y si es cierto lo que he visto de ti, las sensaciones que tendrás serán parecidas a las mías. Así que, gracias por todo y solo puedo desearte lo mejor.

Nos miramos en silencio durante varios segundos, me beso en los labios con tanta ternura que hizo imposible frenar por más tiempo las lágrimas que almacenaba en mis ojos. Y sin dejarme terciar palabra se dio media vuelta y se fue. Fui Incapaz de construir palabra, me quede petrificado, inmóvil, inanimado, mirando cómo se alejaba. La textura de su boca fundiéndose con la mía, su saliva penetrando en mi boca tímidamente como si supiera que no regresaría jamás, su respiración resbalaba por mi rostro, son sensaciones que jamás podría olvidar y a pesar de todo la había perdido. Fueron preciosas las palabras que me regalo como despedida, pero era inútil, ningún razonamiento sería capaz de calmar mi desespero. ¿Qué sabía de ella?, únicamente su nombre y que era de una ciudadana de Madrid entre cinco millones, la aguja sería más fácil de encontrar. No podía llamarla, ni mandarle una carta, ni correo electrónico y aún menos buscarla. Sonó un mensaje en el móvil, al que no presté demasiada atención, pues no me interesaba nada ni nadie en ese momento que no fuera ella.

Finalizó mi jornada, la más larga que recuerdo, me dirigí a casa, el desánimo me acompañaba en todo el trayecto como fiel mascota, necesitaba estar solo para tratar de asimilar lo que había sucedido esa noche. Vivía a poco más de diez quilómetros de mi casa, que traducidos en minutos eran unos quince en mi moto. Pero esa noche me parecieron horas más que minutos, las calles se hacían eternas, parecían estirarse a mi paso, los semáforos confabulados con mi pena escogían un tono escarlata nada más observar mi presencia. Finalmente, llegué a mi casa, y me dirigí a mi cuarto lo más rápido posible, ya que quería evitar el posible interrogatorio que supondría cruzarme con mi madre y porque ciertamente exclusivamente me apetecía tirarme encima del colchón y llorar. Me sentía estúpido, pues estaba llorando por una chica que apenas conocía, una desconocida que me regalo un beso, y que beso... Conseguí calmarme un poco e intente dormir, pero como era de esperar mi cerebro no estaba por la labor, siendo incapaz de desconectar, reviviendo una y otra vez aquel momento. Me encontraba boca arriba, mirando fijamente el techo, absorto, recordando una y otra vez lo acontecido aquella noche, cuando recordé que antes de salir había recibido un mensaje en el móvil.

El número era desconocido, pero al leer el mensaje supe en seguida quien era la remitente.

—Hola Salva, sé que no debería hacer esto que estoy haciendo, lo mejor sería dejarlo pasar, y convertirlo en una anécdota más que contar a los nuestros, pero lo que he sentido estos días me da miedo no sentirlo más, la intensidad con la que latía mi corazón cuando he abandonado el bar es indescriptible y cerrar todas las puertas a esto, hay algo que me lo impide. Por ello, con este mensaje, dejo una ventana abierta al destino y si ese destino es nuestro, nos juntará y si no lo es, terminará aquí.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2:

MARCOS

Septiembre del 98, ese año terminé mis estudios de Formación Profesional, y contrariamente a lo que había imaginado en un inicio, me apetecía seguir estudiando, ya que con lo aprendido durante cinco años de instituto, me quedó con un regustillo simplón, una voz en mi interior que me decía que quería algo más, y después de lo acontecido ese verano, me iría bien lanzarme en una aventura que envolviera prácticamente el cien por cien de mis pensamientos, nada más lejos de lo que sucedería.

Habían pasado muchos meses desde que decidí rellenar la preinscripción, reconozco que fue una idea bastante esporádica, por aquello de "a ver qué pasa". Y para mi sorpresa, conseguí la plaza y la oportunidad de llegar más lejos de lo que nunca planee. Eso significaba que mis andanzas por la universidad iban a dar comienzo.

Todo el verano llevaba esperando y temiendo ese momento, pues no tenía muy claro si me atrevería a hacerlo, pues la universidad y los universitarios me intimidaba. Recuerdo que cuando aún asistía al instituto, en multitud de ocasiones me cruzaba con ellos. Me parecían tan superiores, les suponía conversaciones muy técnicas, con un lenguaje muy cultivado lejos de mi comprensión. Admiraba aquellos que se atrevían a cruzar la puerta que estaba atravesando yo ahora, ensalzándolos de tal manera, que sin darme cuenta había generado un sentimiento de inferioridad hacia mí mismo. En definitiva yo era como un pescador de agua dulce en su pequeña barca y de pronto me veía surcando un océano. Pero lo iba a hacer, estaba decidido, la marcha atrás no era una opción, mis inseguridades y yo, juntos, afrontaríamos ese nuevo reto que me plantaba cara.

Primer día en la facultad, el salón de actos que nos albergaba a todos, parecía más un gallinero que un recinto repleto de futuros ingenieros. Seguramente éramos más de cien personas afincadas allí. La mayoría con un alto nivel de excitación. Los nervios podían palparse en el ambiente. En las decenas de conversaciones que se estaban manteniendo, se formulaban dudas, se explicaban experiencias del verano, opiniones de todo tipo, cualquier tema de conversación era válido para hacer la espera más llevadera, en definitiva, un tumulto de voces resonando al unísono, retumbando de forma aberrante en las paredes de hormigón, las cuales solo hacían que rebotar una y otra vez los ecos. Era casi imposible entender algo a menos de un metro de distancia.

La sala, era muy funcional y parca en detalles. Varias decenas de butacas

de madera, ciertamente incómodas descansaban sobre el suelo de terrazo pulido, estaban dispuestas longitudinalmente en dos filas interrumpidas por un pasillo central de poco más de dos metros de ancho, copando la gran mayoría del espacio. El lado derecho estaba abierto a un gran ventanal agradecido por la buena entrada de luz natural que proporcionaba, desde la cual se podía vislumbrar gran parte del campus. Un bonito espacio abierto al aire libre dedicado a que los alumnos interactuaran con los demás compañeros y a su vez desconectaran durante algunos momentos de impasse entre clase y clase.

A pesar de que la entrada de luz externa era abundante y más que suficiente, la sala estaba iluminada por varias filas de pantallas fluorescentes, sobre iluminando la estancia, algo que consideraba totalmente innecesario, y un derroche energético absurdo. En el extremo opuesto, se erguía una pared que trascurría a lo largo de toda la estancia, sostenía a modo decorativo algunos cuadros con fotografías añejas de la universidad en sus inicios, dándole un toque personal y nostálgico. Toda aquella habitación con forma rectangular estaba intencionadamente orientado a la cabecera, donde presidía la sala una tarima de madera oscura, amueblada con varias mesas empalmadas intencionadamente para la ocasión, equipadas con varios micros dispuestos para trasmitir el discurso. Tras las mesas, sentados, nos observaban los interlocutores de la reunión.

Quiero pensar, que en aquel momento todos nos sentíamos tan desorientados como estaba yo, ahí sentados, acompañados por decenas de extraños, esperando que otro grupo de desconocidos nos explicaran a que habíamos venido, que íbamos a hacer, como lo íbamos a hacer y todo aquello necesario para sobrevivir en ese nuevo mundo.

Justo a mi izquierda estaba sentado un chico, que por su aspecto tendría mi misma edad aproximadamente. Me mantuvo entretenido un buen rato, observándolo, por varios motivos: primero porque no tenía nada mejor que hacer mientras esperaba, y segundo por su peculiar forma de actuar. Físicamente, no tenía nada especial: estatura media, poco más de metro setenta, pelo oscuro, abundante y desaliñado, tez bastante clara, complexión delgada, demasiado diría yo, y vestimenta común. No pude distinguir ropajes de firmas importantes ni complementos que hicieran muestra de un estatus alto. Lógicamente, su apariencia común y vulgar no era lo que lo hacía destacar. Tras la larga observación, concluí que era una persona extremadamente extrovertida, ya que todo el tiempo que estuvimos allí, hasta el comienzo de la interlocución, no paró de intercambiar impresiones con cualquiera que se encontraba en su radio de acción, y al parecer sus comentarios eran divertidos, haciendo sonreír a la mayoría. Parecía un chaval divertido. No puedo más que reconocer que me resultaba envidiable, aunque siempre lo desee, jamás fui capaz de actuar de esa manera, con excepción de Alicia. A primera vista, mostraba una personalidad agradable y se notaba que sabía como agradar a los

demás, con una facilidad innata para caer bien. Conmigo intento interceder en varias ocasiones, pero yo me limitaba a sonreír sin prestarle demasiada importancia, desviando mi mirada al frente, intentando evitar el contacto visual. Con los años supe que mi forma de actuar lo retó de alguna manera. Marcos era una persona acostumbrada a caer bien, a ser el epicentro de atención, a que todos le siguieran la beta, hasta que topo conmigo. Mi carácter retraído lo descolocó y le planteó un desafío.

—¡Silencio! —Se escuchó por toda la sala—. ¡Silencio! — nuevamente con más ímpetu.

—¡Silencio, por favor, atiendan!

Finalmente, el molesto alboroto de la sala fue menguando poco a poco y el profesorado empezó a apoderarse de nuestra atención.

—Me llamo Xavier Roig y seré su tutor los próximos años, para cualquier duda de carácter académico, no específico en asignaturas puntuales, estaré encantado de ayudarles y darles orientación. Seguidamente, haré las presentaciones: a mi derecha el señor Fernando Cuadras, Jefe de Estudios, seguido de la señorita Encarna Martín, jefa del departamento de Electrónica e Informática, y finalmente a mi izquierda el señor Ricard Domenech, el rector de la universidad.

La ausencia de murmullos y un silencio palpable por parte del alumnado denotaba el interés y respeto que sentíamos por aquellas personas que teníamos delante, hasta Marcos había dado reposo a su lengua y permanecía absorto como el resto. Tras unos minutos de silencio, en los que la presidencia decidió el siguiente interlocutor y el tema a exponer, la reunión prosiguió.

—Como el Sr. Xavier ha comentado hace unos instantes, me llamo Ricard Domenech y soy el rector de esta universidad. En primer lugar, felicitarlos a todos por haber dado este paso en su vida académica, algo que sin duda marcará la diferencia de aquí en adelante y les brindara la oportunidad de alcanzar un prometedor fututo académico y profesional. Estamos todos muy agradecidos de que hayan elegido esta universidad para desarrollarse en el área tecnológica de su elección. Supongo que ya saben que esta no es una universidad excesivamente grande, pero que no les engañe este concepto, ya que contamos con un equipo de profesorado de primera y un departamento de investigación laureado en diversas ocasiones. Con ello quiero alentarles a aprovechar todo su potencial y a exprimir al máximo todas las instalaciones que ponemos a su disposición a partir de ahora…

Al discurso del rector le siguió el de la jefa de departamento, seguido nuevamente por el tutor, y de esta manera se fueron sucediendo uno detrás de otro hasta ocupar las más de dos horas que duró el acto de presentación.

Finalizado este, salimos todos con la mente muy espesa, muchas dudas resueltas, pero con algunas nuevas que ni nos habíamos planteado. Podía percibir comentarios de todo tipo del personal que abandonaba el salón de actos.

—¿No sé si me he matriculado de demasiados créditos? —dijo uno de los presentes.

—Si suspendes un crédito, ¿cuánto se penaliza? —Expuso otro alumno.

—¿Alguien sabe qué día empezamos?

—¿Os han dado ya la hoja de convalidaciones?

Como estás, cientos y cientos de preguntas no paraban de formularse. Permanecí un rato entre la multitud, en silencio, parando atención por si alguna de aquellas dudas que se estaban planteando me podía servir de utilidad. Hasta que de pronto escuche:

—Hola, por el folleto que llevas, veo que vas a estudiar lo mismo que yo. ¿Electrónica verdad?

Me quedé un poco perplejo, no me esperaba una pregunta directa de nadie. Miré fijamente a aquel chico durante unos segundos, cerciorándome de que se estaba dirigiendo a mí, y le conteste:

—Si, electrónica

—¿Qué vienes de bachillerato o de la formación profesional? —prosiguió con su interrogatorio

—Formación profesional —conteste con un tono ya molesto, intentando dar señales de que no me apetecía la conversación. Pero él no parecía o no quería darse cuenta de ello.

—Yo vengo de bachillerato, me han aconsejado que intente complementar con los de Formación Profesional, porque nosotros salimos muy preparados en ciencias, y vosotros en talleres. ¿No crees?

—Sí, es posible, no sé. Bueno, me tengo que ir, que llego tarde, nos vemos —intenté librarme de él sin ser demasiado grosero.

—Por cierto, yo soy Marcos, ¿Cómo te llamas?

Me lo pensé en contestar, pero decidí que no había ningún mal en decírselo. En definitiva nos íbamos a ver durante mucho tiempo y quizás algún día precisara de su ayuda para algo. Mejor era empezar con buen

pie quedando bien, que iniciar una enemistad.

—¡Salva! —respondí mientras me giraba en dirección opuesta a él.

—Seguramente estaremos en la misma clase, ya que me han dicho que de electrónica este año solo hay un curso, y la verdad es que no conozco a nadie, ya que mis amigos están estudiando en Barcelona.

Me explicaba todo aquello como si tal información me fuera útil de alguna manera. Lo cierto es que no sabía cómo actuar, me quería ir, pero irte mientras alguien te habla es de una clarísima falta de respeto, así que tal opción estaba descartada. No podía más que quedarme ahí plantado, fingiendo interés hasta encontrar el momento propicio para escapar.

—Este año tendremos varios talleres, y si no me han explicado mal, los trabajos se hacen por parejas en el laboratorio, ya que el material no da para todos. Estoy buscando un compañero, ¿qué opinas?.

—¿No sé?, ni me lo había planteado aun, supongo que ya nos comentaran estos temas en clase.

—Bueno tú piénsatelo y ya me dirás, que luego cuando te das cuenta los grupos ya están hechos y te has de buscar la vida para encontrar un "compi". "Tranqui" soy un "tío" muy responsable. —Me dijo sonriendo y guiñándome un ojo.

Finalmente, me despedí, di media vuelta y me alejé de allí con paso rápido y decidido, sin mirar atrás por miedo a iniciar una nueva tanda de preguntas.

De esta manera trascurrió el primer día como alumno universitario. Fue un día muy relevante para mí, lo que para otros no era más que algo anecdótico, representaba el mayor reto al que me había enfrentado nunca, y lo más curioso es que el detalle que resultaría ser el más importante, lo traté como una simple anécdota. Marcos influiría en mi vida de una forma que aún desconocía.

Marcos era el hermano mayor de dos. Tenía una hermana cuatro años más pequeña llamada Sofía. Pero a diferencia que yo, procedía de una familia de clase media alta. Su padre era ingeniero en telecomunicaciones, trabajaba para una importante empresa del ramo y su madre ejercía como directora de ventas en una multinacional alimentaria.

Vivía en Tarragona, ciudad junto a sus padres, en un dúplex situado en plena Rambla, con vistas al mar, la envidia de medio vecindario. Durante toda su vida, tanto él como su hermana se educaron en escuelas privadas, lo que les confirió algunas amistades de alto copete. Pero si algo dentro de su carácter destacaba, era su sencillez y naturalidad. Cualquier otra

persona en posesión de semejantes comodidades, con buenos contactos, aislados respecto a las clases sociales más bajas, se hubiera convertido en un potencial egocéntrico, con un complejo de superioridad importante, y por supuesto jamás se hubiera mezclado con alguien como yo. Pero, en cambio, Marcos, no. Él se vestía con ropajes sencillos, en raras ocasiones lo vi con prendas de marcas relevantes, no hacía alarde de su estatus, todo lo contrario, al conocerlo, cualquiera que lo juzgara, lo hacía como uno más. Derrochaba simpatía a diestro y siniestro. Daba igual el tema que se estuviera tratando, siempre tenía un comentario divertido e impertinente al respecto. Sin duda esto le trajo más de un problema, pero sabía hacerte reír cuando no era necesario y sabía hacerlo aún mejor cuando sí lo necesitabas. Se ganaba a la gente con una facilidad pasmosa, algo natural en él, no le suponía el más mínimo esfuerzo, siempre sabia que decir. Me es casi imposible imaginar pillarlo en una situación sin capacidad de respuesta.

Pero algo que me sorprendió muchísimo cuando lo empecé a conocer bien, es que a pesar de ese carácter tan abierto, y de su facilidad por conectar con los demás, no poseía un círculo de amistades muy grande, me llevo tiempo entenderlo, pero al final supe la razón.

Como estudiante no resulto ser el mejor fichaje, y no porque no se le diera bien, digamos que no estaba muy motivado. La tecnología no era lo suyo, probablemente hubiera sido un buen historiador, cualquier época de la que habláramos, tenía algunas anécdotas, y sobre todo le apasionaba todo aquello referente a la Segunda Guerra Mundial.

Yo creo que la relación con su padre era un poco asfixiante. Por lo que me explicaba, le inculcaba sin descanso que tenía que estudiar alguna área tecnológica, que ese era el futuro, siendo inflexible en ese punto. Marcos, a modo de revancha, decidió estudiar una rama diferente a la de su padre en una universidad pública, ya que sabía qué este hecho sería recibido por su padre como un duro golpe moral. El padre de marcos era un poco clasista y muy elitista, y que su hijo cursara sus estudios universitarios en una universidad sin el pedigrí que garantizan algunas facultades privadas, era como un cañonazo en la línea de flotación de su orgullo. Pero tuvo que aceptarlo, ya que Marcos se plantó en una negativa a salir de Tarragona.

Pero claro, como dice el dicho, no es oro todo lo que reluce. Había un aspecto oscuro en su faceta desgarbada, ese chico divertido e inofensivo que mostraba diariamente tenía su Mr. Hyde por la noche. Alcohol y algunas sustancias psicotrópicas solían acompañarlo en su salida nocturnas, y a menudo en cantidades peligrosas. En ocasiones se rodeaba de chicas de moral distraída y de "individuos" no más fiables. Desgraciadamente, para mí, todo esto lo descubrí cuando ya le había cogido un gran afecto, por lo que me fue imposible apartarme de él. Un

error que me traería consecuencias en el futuro. A pesar de todo, fue uno de los mejores amigos que he tenido.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3:

LA ESTACIÓN

15 de diciembre, 6:30 horas, mostraba el reloj del andén, quizás el único elemento de toda la estación elegido con algo de cierto gusto, esfera clásica perimetrada con números romanos, rematado con imitaciones de forja, dando un toque sencillo, clásico y bonito.

La edificación principal de no más de dos mil metros cuadrados poseía una forma rectangular muy simplista, con una fachada exterior triste y despojada de todo encanto, dividida en dos alturas. La planta principal quedaba seccionada por sendas puertas automáticas de acceso al recinto, además de algunas auxiliares claramente para uso del personal inherente a la compañía ferroviaria, mientras que la planta superior observaba a los usuarios con sus múltiples ventanales. La única ornamentación que llamaba la atención de todo aquel conjunto, la componía un cartel muy elemental y espartano con las letras "TARRAGONA" coronado por un reloj analógico sin numeración. Una vez atravesadas las puertas de acceso se presentaba el interior de la estación con una distribución sencilla y funcional, sacado de un manual de decoración práctica, económica y muy básica. Se abría una estancia rectangular, partida por la mitad de forma asimétrica, separada por diversas filas de bancos de plástico muy sencillos y funcionales, cuyo destino sin duda era la de ofrecer reposo a los impacientes viajeros que esperan la llegada de algún convoy. Completaban la decoración diversas plantas artificiales encargadas de dar un toque de color al conjunto. A la izquierda nacía una silenciosa fila amorfa de adormilados sujetos, con las miradas nerviosas y oscilantes entre el mostrador de venta y el reloj digital suspendido en una de las esquinas. Esto me hizo recordar que no debería faltar mucho para la llegada del Talgo, para cerciorarme de ello busqué un letrero informativo que me actualizara el estado. No muy lejos, justo encima del acceso al exterior, colgaba del techo un panel electrónico el cual mostraba la información que estaba buscando. La hora se acercaba.

Decidí salir al exterior, con el deseo que el ambiente frío y húmedo de la intemperie calmase mis pensamientos y quizás los distrajera en otros asuntos que me causaran menor tormento. En el fondo sabía que resultaba inútil debido a mi nueva situación, pero algo en mi mente se resistía a aceptarlo.

Llegué al andén principal cuya anchura no superaba en mucho los cuatro metros, longitudinalmente se extendía unos doscientos metros en ambas

direcciones. El pavimentado estaba constituido por unas baldosas de aspecto basto, decoradas con colores básicos, tales como el blanco y rojo, en disposición intermitente, obviamente diseñadas para recintos exteriores de carácter urbano. La única protección medioambiental estaba compuesta por un tosco techo de chapa ondulada, en el cual se podían vislumbrar el paso de los años medidos en su deterioro. La visión general del andén no ofrecía sensación de confort, el único mobiliario que lo decoraba estaba dispuesto por cuatro o cinco bancos de piedra, con aspecto de haber conocido tiempos mejores, mellados en sus perfiles y recubiertos de mugre.

La deficiente iluminación era otro de los tantos problemas presentes en el conjunto, que sumado a la falta de claridad y a una ligera bruma, concedía al lugar un cierto toque a novela negra.

Pude observar en un tablero electrónico que quedaban diez minutos de lapso para la llegada del tren que estaba esperando y temiendo. Permanecí quieto e impasible en aquel rincón del andén, a la espera, escondiéndome de mi propia vergüenza. De repente, un murmullo que procedía desde la parte interior de la estación distrajo mis pensamientos. Me negué a dirigir la mirada hacia su epicentro, porque en el fondo sabía de qué se trataba. Las voces, los tonos de aquellas personas las podía identificar perfectamente, las había escuchado y respirado en tantas ocasiones y durante tanto tiempo, que olvidarlas era imposible. Además, hacía muy poco que nuestros caminos se habían separado. Pero lo que más me dolía, mucho más que perder a mis amigos, era haberla perdido a ella, haberlo "jodido" todo.

Rezaba para que la fría brisa que azotaba el exterior los hiciera, disuadir de salir al andén y así retrasar, enfrentarme por última vez a sus rostros, unos rostros que con seguridad reflejarían tristeza, impotencia y dolor. De alguna manera, desde mi corazón frío e inerte, deseaba ver su cara por última vez, tenía la certeza absoluta que este momento sería el último en el que los dos compartiríamos un mismo lugar, y una última estampa suya, aunque con las facciones endurecidas por el dolor, era todo lo que podía desear.

El grupo de personas causantes del pequeño alboroto, se dirigieron al exterior del andén, y se agruparon a poco más de diez metros de mi escondite. Sabía perfectamente que no me podían ver, pero aun así me daba pavor cruzar sus miradas mientras seguía escondido en aquella sórdida esquina. Fugazmente, levantaba la cabeza intentando poner nombre a aquellos rostros. Pude reconocer a Myriam, la hermana de Alicia, situada de espaldas a mí, hablando con su madre. A su derecha estaba Marcos, el que había sido mi mejor amigo, junto a su pareja, cogidos de la mano, pero sin mediar palabra con nadie, como si todo aquello no fuera con ellos. La relación de Marcos y Alicia siempre fue una cuenta pendiente que me quedo por resolver, lo intente en diversas

ocasiones, pero no fui capaz de hacerlos congeniar. Alicia vio en Marcos algo que yo nunca quise aceptar y lo soportaba porque me quería más de lo que yo merecía.

Un poco más alejado del grupo se encontraba Eduardo, el padre de Alicia, sostenía un pitillo con la mano derecha, mientras de su boca exhalaba una bocanada de denso humo blanco. Parecía estar en una posición de discriminación voluntaria, apartado del resto del grupo, con la mirada perdida en el fondo de la estación, totalmente ausente y absorto en sus pensamientos.

¿Pero y Alicia?, ¿dónde estaba Alicia?. Quería verla, ¡no!, necesitaba verla. ¿Dónde estaba?. Podía distinguir a sus amigas Esther, Mónica, Alba, hasta la veleta de su amiga Ingrid estaba allí, no entendía como seguía quedando con ella después de todas las veces que la había dejado en la estacada. Pero Alicia no aparecía.

—El tren procedente de Barcelona Estación de Sans con dirección Madrid Estación de Atocha efectuará su llegada en cinco minutos por vía uno —resonó por toda la estación.

El tiempo se agotaba, el tic tac del reloj martilleaba mi alma como si de un yunque se tratara, los minutos, uno detrás de otro, desfilaban, y se detenían a su paso para regocijarse ante mi desespero, para proseguir su marcha infatigable.

Tras el anuncio de la brevedad en la llegada del Talgo, la gente empezó a salir al exterior como conejos, abandonando la madriguera, agolpándose a poca distancia de las vías, daba la sensación que las plazas del tren pudieran terminarse antes de que todos ellos pudieran embarcar. Una idea un tanto absurda.

Y entre todo ese tumulto de almas desbocadas, estaba ella. Alicia era así, cuando entraba en algún sitio se apoderaba de la atención. Era una estrella en un cielo apagado. A pesar de sus facciones mustias, claramente infladas por lo ocurrido, y unas ojeras muy marcadas seguramente por el desgarro de un llanto profundo y prolongado, seguía siendo preciosa. Su seriedad combinaba perfectamente con la sobriedad de su vestuario, algo que era totalmente extraño en ella, ya que los que la conocíamos de verdad, sabíamos perfectamente lo presumida que era, y sus gustos, en ocasiones algo extremados en lo colorido de su vestuario. Tal como salió al exterior se vio arropada por sus amigas, fundiéndose en un cálido y conciliador abrazo. Tras esta demostración de afecto y cariño, vi como empezaron a deslizarse por sus mejillas pequeñas lágrimas traicioneras, que huían furtivamente de la reclusión en la que titánicamente Alicia se esforzaba por mantener. Ese llanto desbocó en una cascada, un desconsuelo que nadie a su alrededor era capaz de apaciguar. Pavoroso escenario que destruía más y más lo que quedaba de mi alma, si

es que aún había algo salvable, me flagelaba la conciencia a pesar del precio que había pagado, el destino decidió que no era suficiente mi peaje, y que aún debía plazos de esta hipoteca que contraje por mis acciones.

Quería irme de ahí, huir lejos, tanto como fuera posible, la distancia mitigaría mi mal, mi sufrimiento dejaría su exponencial trayecto y se estancaría en lo presente. Pero era imposible, estaba inmóvil, como soldado a la biga tras la que me ocultaba, mi necesidad de verla por última vez era superior a mis ganas de desaparecer, prefería sufrir viéndola, que irme para tratar de olvidarla. Quisiera pedirle perdón, arrodillarme a sus pies y suplicar su clemencia y que todo volviera a ser como antes, que una máquina del tiempo nos devolviera a aquel día, me devolviera su sonrisa, su amor y su ternura.

De pronto empecé a recordar flases difusos en el tiempo, de cómo sufrí para conseguir su primer beso en la barra de aquel bar, pensando que jamás la volvería a ver. De la cara de sorpresa que puso cuando aparecí en Madrid, delante de su casa de improviso, sin avisar tras muchos meses de silencio, creo que dudo entre darme un beso o llamar a la policía. De la primera vez que hicimos el amor, la ternura y delicadeza de sus caricias erizaron por completo hasta el último vello de mi pie, la manera de devorarme los labios con pasión y ternura a la vez, mordisqueándome con suavidad la comisura del inferior, su lengua haciendo travesura e intentando huir de la mía escrutando hasta el último recoveco de mi boca, deslizándose furtivamente por mi cuello hasta regiones inexploradas, hacían que entrara en ebullición. Lo inocentes que éramos, pues ninguno había estado jamás con nadie a ese nivel tan íntimo, pidiéndonos permiso a cada paso por temor a hacer daño al otro. Pero fue tierno, a pesar de que dolió un poco, fue sin duda uno de los momentos más sagrados que guardo en mi memoria. Todo eso lo empaqueté, lo coloque encima de la mesa de la ruleta y lo aposte a todo o nada. Y perdí.

¿Que hacían allí mis padres?, la relación con Alicia había sido buena, pero digamos que no habían profundizado nunca en exceso en su trato personal. Desde el día que se la presenté formalmente, aunque ellos ya sospechaban de alguien, fueron un poco recelosos de una relación a tan larga distancia. Yo lo achacaba a que estaban un poco "chapados a la antigua", que en la era de internet y las nuevas tecnologías, eso era mucho más normal y corriente de lo que ellos creían. Por lo demás, las pocas veces que opinaron de ella, que para eso eran muy prudentes, parecía que les gustaba. Además, Alicia en muchos asuntos me complementaba perfectamente, y eso agradaba a mis padres. Pero para evitar encariñarse de ella, ya que no confiaban en demasía en la relación, se mantuvieron un poco al margen, y hasta que no les informé de la decisión de casarnos, no hicieron por confraternizar más, pero ya fue tarde.

Podía entender que estuvieran ahí, pero me resultaba un poco extraño y chocante, puesto que en definitiva, como la boda no se consolidó, ella familiarmente no era nada para ellos. Así que era un misterio para mí su presencia allí.

Al parecer Alicia ya se había sosegado un poco, y sus amigas le habían dado un poco de espacio, por lo que mis padres aprovecharon la oportunidad para acercarse a hablar con ella. Quería aproximarme más para poder saber de qué hablaban, pero era incapaz. Siempre he sido un cobarde, me pesaba más esa condición que mis ansias por entender que hacían allí mis padres. Pero no me hicieron falta las palabras, cuando vía a mi madre con su rostro lacrimógeno, esgrimir una sonrisa al acariciar el vientre de Alicia, lo poco de mi universo que aún quedaba en pie se derrumbó hasta los cimientos.

Capítulo 4

Capítulo 4:

El Inicio

Tras la introducción del primer día, empezó el momento de la verdad. Me matriculé de todas las asignaturas de primer curso, por lo que el tiempo libre este primer año sería ciertamente escaso. No era para nada igual al instituto, donde todos los días cumplía exactamente el mismo horario y la misma rutina, aquí la dedicación sería plena, con consagrar unas pocas horas antes de la evaluación sería una futilidad, incluso las instalaciones tenían un aire diferente, más serio, un no sé qué especial que me intimidaba un poco.

La universidad no poseía un campus excesivamente grande. Estaba repartido en cuatro estructuras conectadas en forma de cuadrado. El edificio principal discurría paralelo a una de las avenidas más grandes de la ciudad, con una fachada compuesta por piezas de hormigón, acompañadas de grandes ventanales. El diseño desde mi punto de vista no era demasiado impresionante ni estético, parco sería la palabra y la funcionalidad algo discutible, pero tampoco es que yo fuera un arquitecto. Albergaba principalmente los departamentos de las diferentes disciplinas que podían estudiarse, así como laboratorios, despachos del profesorado y oficinas varias.

De forma perpendicular, como una extremidad, surgía desde la derecha otra nave que se prolongaba algo más de doscientos metros hacia el nordeste, con tres plantas copadas de laboratorios, aulas y demás. De forma asonante, otro brazo nacía desde la izquierda y se prolongaba en paralelo a la anterior, pero a diferencia de su gemelo la distribución interna era diferente, ya que en él se encontraban gran parte de las aulas dispuestas para la docencia de las diferentes disciplinas, y un amplio comedor cafetería, por lo que la gran mayoría del alumnado se concentraba en este edificio. Completaba el conjunto una biblioteca, la cual se encargaba de enmarcar la pequeña, exigua y discreta zona de asueto. Realmente no era el campus más impresionante y bonito del mundo, pero cumplía su función y además era lo único que teníamos, así que nos conformábamos con eso. Cierto es que la mayoría de los alumnos que buscaban un momento de desconexión, no lo pasaban entre estos muros, preferían salir del recinto, cruzar la calle, y recluirse en alguna de las diversas cafeterías que surgían de los bajos de los edificios colindantes.

El conjunto me decepcionó un poco, ya que el instituto del que provenía tenía un espacio libre de tamaño similar. Siempre me había imaginado los campus universitarios como los describen en las películas, grandes

espacios abiertos, extensiones de césped con frondosos árboles y sus generosas sombras donde los estudiantes podían cobijarse leyendo plácidamente un libro; pistas de atletismo, de futbol, baloncesto, etc. Todo ello repleto de gente a todas horas. Con que sencillez nos venden los estereotipos Hollywood y con qué facilidad se los compramos.

Nada más llegar lo vi, ahí estaba él, Marcos, rodeado de una cuadrilla de zombis, mientras les explicaba vete tú a saber. Pero como sucedió el día de la charla, los tenía absorbidos, anonadados, era el dueño de la atención de todos aquellos muchachos. Traté de aprovechar la concentración con la que Marcos interpretaba su monólogo, para intentar pasar inadvertido colocándome en una esquina. Pero no fui lo bastante sutil, se hizo eco de mi presencia, y no me explico por qué, decidió abandonar al corrillo de sonámbulos para dirigirse a donde yo me encontraba.

— ¿Qué clase de magnetismo le provoco a ese chico? —Me pregunté—. No lo entendía.

—Pero si no me conoce de nada.

Llegue a pensar en una posible atracción física, algo no tan platónico, y aunque no tengo nada en contra de las relaciones entre mismo sexo, no entraban dentro de mis gustos. Por suerte no eran esas las inclinaciones de Marcos, algo que habría resultado muy embarazoso para ambos.

— ¡Hola!, ¿Salva verdad?

—Pues sí.

—Esto parece que ya empieza, ¿Cómo lo llevas?

—Algo nervioso, pero con ganas.

—Yo también estoy un poco nervioso, pero tampoco hay que dejarse intimidar.

—Es cierto, tener miedo tampoco es bueno, pero en mi caso hay toda una historia detrás.

—Ya somos dos, ¿Cuál es la tuya?

—Historias de la infancia, por unos motivos personales había descartado la universidad cuando empecé el instituto, pero la vida ha hecho que me lo replantee.

—Yo tuve claro que a la universidad quería ir, pero que estudiar, eso es

otro tema.

Me sorprendió mucho su respuesta, al notar un sutil tono de reproche, lo que no sabía hacía qué se dirigía esa reacción, pero estaba claro que él quería estar allí.

—Y tu historia.

— ¡Bah!, cosas de familia, no quiero aburrirte— ¿Qué vives por aquí cerca? —. Cambió rápidamente el rumbo de la conversación. Me di cuenta de la incomodidad del tema y decidí aceptar el giro.

—Si, al final de la avenida, la verdad es que me va muy bien porque puedo subir y bajar andando todos los días, y así me ahorro mucho dinero en autobús. ¿Y tú de dónde eres?

—Del centro, yo tampoco pago autobús, tengo a mi querido papa que me sube todos los días.

Nuevamente, el tono de reproche se hizo presente, estaba claro que había algo entre él y su padre, que tenía mucho que ver con que hoy estuviera aquí, y por algún motivo la situación no le gustaba. Me sentía mal por incomodarlo, pero en realidad era él el que estaba marcando las pautas de la conversación. Decidí tomar la iniciativa y realizar un nuevo cambio de rumbo, ya que la situación empezaba a hacerse incómoda.

—La verdad es que como le tengo tanto respeto a la carrera, llevo casi todo el verano repasando algunos temas para intentar empezar con buen pie. ¿Te has preparado algo? —lance un golpe de viento intentando inflar la Gavia y ver si el rumbo de la conversación tomaba otro cariz.

—No, lo cierto es que me siento preparado, el nivel en ciencias que llevamos de bachillerato es alto, así que no creo que tenga problemas con la adaptación, el tema de las prácticas ya es otra cosa, pero creo que se hace en grupos, así que ya buscaré alguien que esté más, puesto que yo.

—Me gustaría tener tu seguridad

Y sin darme cuenta nos pasamos hablando casi todo el día, dado que era el primero, la mayoría de los profesores solo hicieron toma de contacto con nosotros, por lo que la duración de las clases fue muy escueta en general y nos dio tiempo a hablar y conocernos un poco.

Conectamos bastante bien, aunque mantenía un cierto recelo hacia lo desconocido, sin cerrarme a entablar amistad con Marcos. Consiguió convencerme para formar equipo en las asignaturas colaborativas, que en general eran las prácticas. Acepté porque me parecía buena idea tener a mi lado alguien que dominara las asignaturas más teóricas, y su

templanza me pareció sincera.

Las semanas fueron pasando, y como me esperaba el nivel era alto, quizás incluso más de lo deseado. Los primeros exámenes estaban anunciándose, lo que indicaba que era tarde para retirarse, pues el disparo de salida ya estaba hecho.

La relación con aquel chico fue fraguándose más como una amistad que no un simple compañerismo de estudiantes, aunque había algo que me intrigaba todavía en Marcos. Cuando trataba con él, había alguna cosa que no me cuadraba, ocultaba algo e incluso en ocasiones forzaba su conducta. Empezaba a sospechar que el verdadero Marcos no era exactamente aquel que tenía delante. Pero en clase su proceder era el esperado, asistiendo prácticamente a la totalidad de ellas y cumpliendo en la parte que le tocaba de los trabajos obligatorios que se nos imponían en los diferentes talleres. A nivel académico me era funcional y estaba contento con la asociación, pero a nivel más personal me intrigaba un poco su comportamiento dispar.

Durante el primer cuatrimestre, hasta la finalización de aquel año, mantuve un contacto estrictamente académico con mis compañeros, aunque descubrí que mis veranos trabajando cara al público habían dado sus frutos, ya que los primeros contactos con los demás miembros de mi clase me resultaron mucho más sencillos que cuando empecé el instituto. Me era más fácil iniciar conversaciones, no limitándolas a monosílabos. Puede parecer una nimiedad o incluso una tontería, pero para mí ese pequeño paso que suponía poder entablar conversaciones con extraños, se había empezado a convertir en un auténtico reto, por no decir fobia, y este nuevo comportamiento por mi parte, podría ser el inicio para vencer este problema. Con ello no quiero decir que me estuviera convirtiendo en el rey de la fiesta, pero era un paso.

Con Marcos sí que quedé alguna vez fuera de la universidad, por lo normal nos reuníamos en mi casa los sábados por la mañana, o incluso algún día entre semana para preparar informes de prácticas o para estudiar. Fuera de eso no me relacionaba con nadie más. Como me vi un poco justo y limitado en algunas asignaturas, el primer cuatrimestre me obsesione en adquirir una buena base para no perderme, por lo que hice bastante vida ermitaña. El día a día lo centré en estudiar y asistir a clase, fuera de eso no me permití distracciones durante esos cuatro primeros meses.

Marcos me comentó en alguna ocasión de realizar alguna salida con unos amigos suyos, pero tras un par de negativas no insistió más durante un tiempo. Veía que no dedicaba el mismo ímpetu que yo a los estudios, no sabía si es que como me dijo, iba muy sobrado en ciencias, o es que pasaba un poco, tras los exámenes lo descubriríamos, pero mientras

cumpliera conmigo me daba igual.

Diciembre de 2003, el año estaba dando sus últimos coletazos con la llegada de la navidad, las decoraciones que en estas fechas habían maquillado las calles de Tarragona durante tanto tiempo estaba menguando año tras año. Caminar por las calles me traía recuerdos de mi niñez, cuando salía a pasear por La Rambla con mis padres, no podía evitar alzar la mirada para deleitarme con aquellas lámparas formadas por decenas de bombillas de colores que me maravillaban, los villancicos sonando por las calles, el espíritu festivo embriagaba a la gente y podía sentirse el buen rollo que provocaba en los transeúntes. Sin duda, mi parte preferida del año, pues me provocaba una felicidad extrema, hacía que me sintiera niño otra vez, queriendo volver a creer en todas aquellas fantasías que tanto nos ilusionaban de críos, me sentía dichoso, eran unos días anhelados durante todo el año a pesar del inconveniente frío que lo acompañaba. Pero ahora era diferente, a pesar de que en mi interior esa parte infantil no había desaparecido, el ambiente ya no era el mismo, el parco decorado expuesto en las calles, no se asemejaba en nada a lo que recordaba de años atrás, los villancicos estaban desaparecidos y la sensación navideña convertida en un afán consumista. A pesar de ello, interiormente estaba contento, ya que los primeros exámenes eran historia y se acercaba las vacaciones. Me sentía muy satisfecho con mi labor, pese a no haber sido capaz de superar todos los exámenes, conseguí hacerlo con la mayoría de ellos. De las seis asignaturas con las que lidiaba superé cinco con unas calificaciones algo discretas, lo reconozco, pero aceptables, y el suspenso obtenido con un resultado ajustado, nada descabellado. Los frutos recogidos me dieron más aliento, para proseguir adelante.

Las fiestas se presentaban como todos los años, celebración de la cena de Noche Buena en casa de mis tíos, comida de Navidad en casa de mis padres y fin de año quedaba un poco en el aire, aunque lo normal es que me quedara yo solo en casa mientras mis padres salían a cenar y de "bailoteo".

Mi tío Julio era el hermano mayor de mi Padre, estaba casado con mi tía Magda, Magdalena para los círculos extra familiares y tenían dos hijos, Jesús y Sonia, mis primos. La relación con ellos era muy estrecha, con toda seguridad era con los que más nos juntábamos. Lo pasábamos bien, a pesar de que por aquella época mi prima Sonia, que era cinco años mayor que yo, hacía tiempo que ya no nos acompañaba. Tenía novio y prefería pasarlo con él que con nosotros, algo que era muy comprensible.

Lo normal era hacer una sobremesa, muy distendida, donde realizábamos todo tipo de comentarios; cómo había ido el año, lo rápido que pasaba, lo mal que estaba la sociedad, el trabajo, en definitiva las mismas trivialidades que se suceden en la mayoría de hogares durante esas fechas. Tras ello llegaba la copiosa comilona que había traído de cabeza a

mi madre durante toda la semana y por simpatía habíamos sufrido todos los demás. Horas y horas encerradas en la cocina preparando la infame cantidad de comida que no íbamos a ser capaces de ingerir entre todos, pero ya lo dice el dicho, "más vale que sobre que no que falte". Y mi madre se lo tomaba muy al pie de la letra, con las sobras éramos capaces de cenar durante tres o cuatro días. Al final el esfuerzo se veía muy recompensado, ya que cuando nos sentábamos a la mesa los elogios hacia la cocinera llovían desde todos los puntos de la mesa, y eso era suficiente pago para que mi madre justificara su esfuerzo.

Finalizado el banquete se iniciaba la ronda de cafés, licores y dulces, este era el momento de división generacional, mis padres se quedaban con mis tíos hablando o echando alguna partida de cartas, mientras mi primo y yo, nos apoderábamos del televisor y veíamos algunas películas que yo ya había preseleccionado para la ocasión, por lo normal de temática violenta y fantástica.

Eso mismo se sucedía de forma idéntica en casa de mis tíos en la cena de Noche buena, solo que al revés. En definitiva, esta era la rutina que llevábamos manteniendo año tras año durante mucho tiempo, y con la cual estábamos todos muy a gusto.

Me acuerdo que una mañana, creo que sería 27 o 28 de diciembre, no estoy muy seguro, me vino un flash a mi cabeza. Empecé a recordar a aquel encuentro que tuve en la barra del pub con Alicia. Lo cierto es que no había vuelto a pensar en ella desde que empecé la universidad. Supongo que me había centrado tanto en sacar adelante mis estudios que no permití a mi mente desviarse lo más mínimo. Y ahora de repente su nombre y su cara regresaban a mi mente. No había vuelto a saber nada más de ella, ni mensajes, ni llamadas, y de igual manera yo no había hecho nada por ponerme en contacto.

Solo con recordar aquellos momentos, me embriagaba nuevamente la emoción de aquellos instantes que compartimos en el pub. Su rostro aparecía en mi recuerdo, y no había perdido nada de la nitidez que tenía cuando la vi por primera vez, parecía como si acabara de conocerla minutos antes, podía verla con tanta claridad, la definición de cada uno de sus rasgos estaba perfectamente definida en mi cabeza, no podía dejar de decirme a mí mismo que era preciosa. Lástima que viviera tan lejos, por mucho que me dejara una pequeña ventana abierta a un futuro, no veía como materializar aquella esperanza. Se me paso por la cabeza intentar contactarla, pero me quité la idea de la cabeza rápidamente, pues no quería falsas esperanzas que seguramente me traerían disgustos y me despistarían de mi actual objetivo.

Se acercaba ya el fin de aquel 2003, un año que había sido muy importante en mi vida, pues me había traído importantes cambios, sabía que sería un año para el recuerdo, desconocía, como es normal, lo que me

devenía el futuro, pero tenía clarísimo que 2003 sería un punto de inflexión en mi vida. Y como pude descubrir así fue, aunque no sería ni de lejos el punto de inflexión que yo creía, pues este se desenlazaría pocos años después.

Como ya me habían informado mis padres, ese "Fin de Año" saldrían de cena y a bailar fuera, lo que significaba que me quedaba solo en mi casa, y aunque pueda parecer deprimente, la idea me encantaba, ya que cenaría lo que quisiera, podría abusar un poco de las palomitas y los refrescos y rememoraría mis grandes éxitos preferidos del cine en una selección exquisita y personalizada. La idea me apetecía bastante. Pero entonces me llamó Marcos:

—Hola Salva, soy Marcos, ¿Qué haces?

—Nada especial, estaba planeando lo que haré para "Fin de Año".

—Precisamente de eso te quería hablar, y antes de que digas que no, déjame que te exponga lo que tengo pensado.

—Vale, cuéntame —le contesté con tono resignado.

—Mi amigo Leo, del que te he hablado, pero que aún no conoces, tiene un local en Pallaresos. Tenemos intención de montar una fiesta para pasar la noche de "Fin de Año". Música, bebida, chicas y mucha diversión. Seremos unos treinta, la mitad, chicas y muchas solteras. Puede ser una fiesta memorable. ¿Qué dices?

—Pues, ¿no sé? Me pillas un poco fuera de juego...

—Conociéndote, no creo que tengas nada mejor que esto planeado para esa noche, ¿me equivoco?

—Está claro que mi idea no era la misma que me estás planteando, pero...

— ¿Pero qué?, no me engañas, estoy seguro de que te vas a quedar en casa con tus padres a ver el rollo programa, ese que echan todos los años.

—No exactamente, mis padres no estarán...

— ¿Estás de "coña"?, "tío", te has dejado la piel durante estos cuatro meses, hibernando en tu habitación, sin casi desconectar, necesitas cambiar de aires, lo que haces no es sano. ¿Pretendes pasar esa noche solo?

Lo triste es que el razonamiento de Marcos era correcto, desde septiembre no había salido a tomar nada, no había pisado el cine, y menos una discoteca, nada. Era un ser aburrido y quizás era cierto que necesitaba un poco de desmadre en mi vida. Pero era un cambio muy radical en mi comportamiento, además desconocía qué opinarían mis padres cuando se lo planteara, ya que los tenía acostumbrados a tenerme todas las noches en casa.

—No te digo que no, Marcos, la verdad es que no me desagrada la idea, pero déjame que lo piense y mañana te digo algo.

—No me convence del todo tu respuesta, pero por lo menos no te has cerrado. No te lo pienses demasiado porque nos conocemos y como le des muchas vueltas al "coco" sé que no vendrás. Lo necesitas. Bueno, piénsalo, no te arrepentirás, te lo pasarás bien.

—Prometido, mañana sin falta te confirmo. De todas maneras, gracias por pensar en mí.

—No digas "chorradas" Salva, somos amigos. No me decepciones.

—Mañana te llamo —le prometí.

—Vale, adiós.

—Adiós.

He de confesar que me hice de rogar un poco, pero en realidad no me desagradaba del todo la idea, pues hacía muchísimo tiempo que mi ocio nocturno era inexistente, y jamás había salido esa noche del año. Así que la novedad me atraía y a su vez me generaba sensaciones contradictorias. Supongo que era un poco de miedo a lo desconocido, ya que no estaba acostumbrado a salir de marcha y realmente tampoco conocía tanto a aquel chaval como para meterme en un local lleno de extraños donde al que más conocía hacía cuatro meses.

Les planteé lo que me propuso Marcos a mis padres y contrario a la idea preconcebida que me había hecho sobre la reacción que tendrían, les pareció muy buena opción. Ellos se daban cuenta de que pasaba demasiado tiempo en casa y que necesitaba salir, hacer amigos, relacionarme con los demás y en definitiva tener vida social. Quizás lo que menos les atraía era lo del carácter privado de la fiesta, pero como a Marcos ya lo conocían de verlo en casa estudiando conmigo y les había caído bien, viéndolo un chico formal y responsable, no les importaba que fuera. Finalmente, llamé a Marcos y le confirmé mi asistencia.

Eran las 22:30 del 31 de diciembre de 2003, tras tomarme una abundante cena que me dejó preparada mi madre antes de irse a disfrutar esa noche

tan especial con mi padre, empecé a rebuscar entre mis trapos algo que ponerme, y justo ahí me di cuenta de que era algo que no había previsto. La práctica totalidad de la ropa que tenía era de día a día, nada para situaciones especiales. En ese momento puse en serias dudas mi asistencia a la fiesta, podía imaginar a todo el mundo luciendo sus mejores galas, y yo presentándome con unos tejanos, una camiseta y unos tenis. Me arriesgaba a ser el centro de atención, y precisamente el pasar desapercibido era uno de mis hándicaps.

De pronto recordé que hacía dos años asistí a la boda de mi primo Eloy, fue una asistencia de compromiso, ya que estábamos un poco desconectados de la familia de mi madre, y al igual que se trataba de una invitación puramente por cortesía, nos vimos obligados asistir por el mismo motivo, de lo contrario mi tía lo hubiera tomado como algo personal y la relación entre hermanas empeoraría aún más si cabe.

Por algún rincón del armario de mi padre tenía que haber una americana, una camisa y unos zapatos, que deseaba aún me sirvieran. Efectivamente, tras rebuscar y poner medio armario patas arriba, encontré el tesoro escondido. Si podía encajarme dentro de esos trapos, asistiría a la fiesta de Marcos, de lo contrario me inventaría alguna excusa, que seguramente nadie creería y me quedaría en casa. Tras cerciorarme satisfactoriamente que mi condición física apenas había variado en dos años, me vestí, cogí mi moto y tome rumbo a la fiesta.

Recuerdo que hacía un frío espantoso, no estoy del todo seguro, pero creo que rondábamos los cero grados, por las calles de aquel pueblo no se atrevían a salir al exterior ni los fantasmas. En mi viaje a través del pueblo tan solo me crucé con algún perro callejero rebuscando en la basura su cena. El espíritu navideño era bastante fuerte, prácticamente todos los chalets por los que pasaba, tenían el exterior iluminado con multitud de luces de colores, haciendo diferentes secuencias en sus intermitencias, los árboles de navidad no podían faltar en ninguna morada, y el olor a humo que procedía de las chimeneas te transportaba en el tiempo y el espacio. Parecía mentira que estuviera a menos de diez kilómetros del centro de Tarragona.

Eran cerca de las 11:30 cuando llegue al chalet del amigo de Marcos, desde la distancia, mientras me aproximaba al lugar, ya se podía escuchar la música y sentir el ambiente festivo. Los vecinos por fuerza tenían que estar participando del estruendo, pero supongo que siendo la noche que era, la tolerancia tenía un poco más de margen.

De repente se abrió la puerta y una cara conocida se reveló ante mí.

— ¡Hola Salva!, pensé que ya habías cambiado de opinión.

—Venga, deja la moto ahí y pasa que hace mucho frío. Te presentaré a algunos amigos.

—Lo siento, he tenido un pequeño problema de armario —me disculpé, y lo seguí hasta el interior.

Nada más entrar me quedó claro que estaba en un parquin-taller, aunque para el evento se habían retirado los coches, muebles y herramientas. Podía ver los paneles de madera acollados en las paredes, con los dibujos de las diferentes utensilios y las argollas dispuestas para su sustentación, así como rastros de manchas de aceite en el suelo que habían sido tratadas de limpiar, quedando algún resto por eliminar que delataba el uso que se le daba. A pesar de que era amplio y espacioso, calculo que podían caber bien cuatro coches, el espacio parecía reducido dada la densidad de personas que estábamos allí congregados. A pesar de ello se habían tomado su tiempo en decorarlo todo de tal manera que nos hiciera sentir a gusto, logrando que no notáramos agobio, sin olvidar el motivo por el que estábamos allí, que era simple y básicamente pasarlo bien.

Del centro del garaje colgaba una bola compuesta por infinidad de pequeños espejos al estilo ochentero, lanzaba un millón de pequeños haces multicolores que surcaban toda la habitación como pequeñas explosiones de energía huyendo de una estrella. Flases multicolores estallaban desde varios focos, impregnando de color las paredes y maquillando los rostros del personal con divertidos tonos cambiantes al son de la melodía, música que procedía de diversos altavoces negros dispuestos en las esquinas del fondo que como murciélagos durmiendo colgaban del techo. Y para evitar no perdernos las campanadas, preparado sobre una mesa con ruedines, un televisor retransmitía la ya tradicional despedida del año desde la Puerta del Sol de Madrid.

A la izquierda, una mesa de unos tres metros se extendía paralela a la pared, finalizando en una nevera. Sobre ella había colocadas multitud de botellas de licor, whisky, vodka, ron, etc. , además de varias montañas de vasos de plástico colocadas a modo "self-service", que junto con los refrescos que esperaban en la nevera se podían completar cientos de combinados diferentes. Acompañaban a estos una gran cantidad de aperitivos, desde turrones, bombones, polvorones, hasta tortillas de patata, embutidos varios, gambas, patatas chips, etc… Para mi sorpresa, la organización, a bote pronto, pintaba mejor de lo esperado.

—Mira Salva, este es Leo, el que ha montado todo este tinglado.

—Mucho gusto Salva. —Me contesto mientras me estrechaba la mano, pero sin prestarme demasiada atención.

—El local es tuyo, bebe, baila y pásalo bien. Si no lo has cogido, en la entrada hay una caja con bolsas de cotillón, hazte con una y encima de la

mesa hay latas con las doce uvas ya preparadas. Si necesitas cualquier cosa ya sabes.

—Vamos Salva que te sigo presentando al resto, que ahora Leo está muy liado para hacer caso a los colegas. —Una frase que Marcos entre broma e ironía lanzó claramente dirigida para increparlo.

Leo levanto la cabeza y le dio un puñetazo amistoso en el hombro a Marcos, mientras entre dientes le decía:

—Ya te pillaré luego.

Leo, además de ser el anfitrión de la fiesta, obraba como "Disc Jockey", había montado un pequeño centro de control, con un portátil, un amplificador y una pequeña tabla de mezclas. Iba y venía constantemente,

— ¿Pero qué pasa? —pregunté con tono de desconcierto.

—Que te explique Leo.

—¿Cómo se llama la chica esa que conociste este verano en el pub? —me preguntó Leo.

—Alicia, me dijo que era de Madrid.

— ¿Te dijo que estudiaba? —pregunto la chica desconocida.

—No, no tocamos el tema. Alguien me explica ¿qué está pasando?, ¿Por qué estamos hablando de esto? —protesté con un tono más alto de lo normal.

—Leo tiene que ser ella. Además ahora que lo dices, creo que me suenas. Tú eras el camarero que hizo llorar a Alicia la noche antes de que se fuera a Madrid. —dijo la chica desconocida.

— ¡¿La conoces?! —grité.

—Claro que la conozco, estudiamos juntas derecho en Madrid. Este verano les dije que vinieran a pasar unos días a Salou conmigo. Estoy alucinando, me lo explican y no me lo creo.

— ¿Entonces tú estudias con ella en Madrid?

—Sí, claro, pero ahora estoy pasando las vacaciones de Navidad en mi casa con mi familia.

La noche estaba dando un giro inesperado para mí, paso de estar bien a ser alucinante, que probabilidad había de que esa chica que estaba en la fiesta, que resultó ser la novia de Leo, tuviera relación con otra de Madrid, que por absoluta casualidad conocí una noche del verano pasado mientras trabajaba en el pub. No acababa de creérmelo, tenía que aprovechar esta oportunidad y hacer acopio de toda la información sobre ella que pudiera facilitarme. Si bien, aunque no creo mucho en el destino, esto estaba cambiando mis convicciones, ¿Que podía ser si no una señal? Después de hablar un buen rato con Amaya, por cierto así es como se llamaba la novia de Leo, conseguí suculentos datos que tenía que asimilar y ver que uso les podía dar. Entre ellos tenía en mi poder la dirección de su casa en Madrid, así como la facultad donde estudiaba.

Después de tantas emociones era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Alicia, y que podía hacer con toda aquella información. El pequeño mareo que me había provocado la escueta cantidad de alcohol consumida, había desaparecido prácticamente por completo, miré el reloj y este indicaba que quedaban escasos diez minutos para las cuatro de la mañana. Tomando en cuenta estos dos datos, decidí que era hora de dar por terminada la celebración, así que busque a Marcos para despedirme de él. Resulto imposible informarle de mi marcha ya que estaba tirado encima de unas cajas de cartón durmiendo profundamente la mona. Me provocó una leve carcajada y decidí hablar con Leo para asegurarme que se encargara él de Marcos.

—No te preocupes Salva, esta noche se queda a dormir en mi casa, no le dejaré irse así.

—Es que hoy ha bebido muchísimo, no sé si esto es lo habitual en él.

—Por desgracia más veces de lo que debería.

—Pues tendría que parar un poco o tendrá un problema.

—Se lo he dicho unas cuantas veces, pero cuando pilla una botella es como si fuera una venganza, un reto o algo así, nunca me lo ha explicado —contestó Leo resignado.

—Bueno Leo, muchas gracias por la fiesta, lo he pasado genial, te lo has currado mucho. A ver si lo repetimos otro día.

— ¿Estás bien para conducir?

—Si, no te preocupes, yo he bebido muy poco mi estómago no está acostumbrado y además hace mucho rato que no tomo nada.

Y con esta despedida, me dirigí al exterior del garaje y monté en mi moto rumbo a casa. Tenía mucho que asimilar, había sido una noche

muy extraña después de todo. Definitivamente la decisión de asistir fue acertada y me abrió todo un abanico de ilusiones, la imaginación no paraba de permutar posibilidades, tantas combinaciones eran demasiadas para el cansancio que acarreaba. Era preciso decidir qué hacer con esta información, pero no lo tenía nada claro, madurar muy bien todo lo acontecido esa noche era esencial, pero también era menester un buen descanso para devolver la lucidez a mi cerebro. Las fiestas Navideñas tocaron a su fin, y la rutina se apodero nuevamente de nuestras vidas. Empezaba un nuevo cuatrimestre repleto de trabajos, exámenes y encierro en mi habitación. La carrera me absorbió nuevamente y deje un poco apartado todo aquello de lo que hable con Amaya. Alicia no dejaba de ser un sueño y mis estudios eran la realidad, así que no podía permitirme vivir en "OZ". Al igual que en el primer cuatrimestre, en el segundo lo di todo y más, y los resultados no fueron nada desdeñables. Las calificaciones continuaron siendo mediocres, pero los aprobados se acumulaban, algo que me llenaba de satisfacción. Debo reconocer, que algún sobresaliente cayo, tampoco hay que menospreciarse, pero no era lo normal.

Sin darme cuenta ya estábamos en junio, el curso académico 2003 - 2004 agonizaba y por fin podía respirar tranquilo, pues había superado todas las asignaturas a las que me enfrentaba, lo que me auguraba un verano relativamente placentero y tranquilo.

Debía planificar mi verano, no estaba seguro de querer volver a trabajar de camarero, pues aquello empezaba a cansarme, y lo que en realidad me exigía el cuerpo era descansar. Pero esto suponía no disponer de unas economías sostenibles para el verano, mis padres no eran ricos, por lo que las subvenciones que me daban eran limitadas. Sí que es cierto que algo ahorrado tenía, pero tampoco era cuestión de dilapidarlo todo y quedarme en bancarrota.

Como me pasó en Navidad, al relajar mi mente, Alicia empezó a apoderarse poco a poco de mi cabeza, incluso de algún que otro sueño. Se me pasó por la cabeza hacer una escapada fugaz a Madrid para verla. Pero ¿Qué pensaría de mí?, si me presentará de golpe en su casa, que soy un loco, un maníaco, un obseso... o, por lo contrario, ¿Le sorprendería gratamente y podríamos estar unos días juntos? Me inclinaba más por la primera opción, la segunda parecía de telenovela.

Empecé a permitirme quedar más a menudo con Marcos y Leo. Resulto que tras la fachada de pijo de gimnasio, Leo era buen chaval. Por lo menos cuando lo conocías era más transparente que Marcos, aunque no sé por qué yo tenía más afinidad por Marcos. La verdad es que formábamos un buen trío de amigos. Me convencieron unas cuantas veces para salir de "discotequeo" con ellos y lo cierto es que empezaba a cogerle el gustillo a la vida nocturna. Qué diferente se veía todo desde el otro lado

de la barra.

Julio estaba al caer y cada vez tenía más claro que ese año no quería trabajar. Me había ganado un buen descanso después de ocho meses de entrega completa a mis estudios. Y parecía que mis padres compartían mi opinión. Estaba superorgullosos de mí. Estoy seguro de que cuando empecé a estudiar en septiembre no hubieran apostado mucho por mi continuidad. Y tras ver mis resultados no cabían en su asombro. En definitiva, ya tenía veintiún años, edad suficiente para empezar a tomar decisiones propias.

Tradicionalmente, en Tarragona, a mucha gente le gusta pasar la noche de brujas del veinticuatro de junio, es decir, la noche de San Juan, en la playa. Se hacen hogueras, se tiran petardos, el ayuntamiento monta conciertos a pié de playa y la fiesta hasta altas horas de la madrugada está servida. Sabía que la gente lo hacía y siempre me había apetecido pasar esa noche allí, pero nunca tuve los amigos para realizarlo. Ese verano de 2004 era diferente, habíamos quedado Marcos, Leo, Amaya, Esther, Mónica, Alba e Ingrid que eran amigas de Amaya y por último Jose, uno de los mejores amigos de Leo. Provistos de una nevera portátil con refrescos, cervezas y diversas botellas de licor, decidimos montar nuestra propia fiesta particular. Encendimos una hoguera y animamos el ambiente con música que procedía de un pequeño radiocasete a pilas. En seguida se hicieron dos grupos, las chicas, por un lado, y nosotros por otro. En nuestro grupo estaba Jose, Leo me había hablado de él, pero no lo conocía personalmente, se le veía extremadamente extrovertido, estaba un poco pasado de talla y no acompañaba mucho su estatura por debajo de la media, pero no parecía una persona a la cual le importara demasiado su aspecto físico, más bien de los que salen a la calle como se levantan de la cama.

De repente Jose saco de su bolsillo una especie de cigarrillo, pero de cariz más artesanal, sabía lo que era, pero a excepción de la televisión o el cine, no lo había visto nunca, y menos probado. Yo era un profano en todo lo que se refiriera a drogas y al ver aquello sentí estupor. Tuve ganas de irme, si no lo hice fue porque tenía más miedo al ridículo que a aquella sustancia sicotrópica. Jose encendió el "seudopitillo", le proporcionó una sustancial inhalación y empezó a pasarlo entre los demás. Cuando me llegó el turno, estaba muerto de miedo, no sabía qué hacer, estaba seguro de que si me negaba quedaría como un idiota, y si lo hacía sentía como si traicionara a mis padres. Finalmente, pudo más la presión social que mis convicciones y lealtad. Terminé dándole unas cuantas caladas más, lo cierto es que no me disgusto.

—Chicos mi novia me ha dicho de hacer una escapadita a Madrid durante unos días para el mes de julio. No hay problema por el alojamiento, ya que los padres de una de sus compañeras de facultad tienen un

apartamento que nos cederían para la estancia.

—¿Quién se apunta? —dijo Leo.

—Yo me apunto, total este verano no tengo intención de hacer nada —contestó Marcos.

—¿Tú qué dices Salva? —pregunto fijando su mirada sobre mí.

—No negaré que me apetecería un montón ir, pero...

—¡¿Cómo qué pero?! Si estás loquito por volver a ver a tu universitaria —replico Marcos.

Una carcajada acompañada de comentarios de diferente índole enfatizaron el comentario de Marcos, lo que me dejo en el centro del huracán, algo que detestaba.

—¡Vale!, si me apetece, pero tengo que consultarlo con mis padres primero. ¿Y dices que alojamiento tenemos seguro?

—Si, el alojamiento no es problema, tenemos la casa durante una semana, eso sí, ha de ser la semana del 12 al 18 de julio, de lunes a domingo. Solo esa semana. —aclaro Leo.

La noche continuó y dejamos casi acordados los preparativos del viaje, parecía que nos apuntábamos los cuatro, más Amaya. Podía ser una semana muy prometedora, aunque tenía miedo de lo que podría pensar Alicia cuando me viera allí, después de un año, no sé si me consideraría solo un recuerdo de verano, y quizás ella ya tendría otro bebiéndole los vientos. Eran muchas incógnitas, pero no dejaría que ninguna de esas incertidumbres me hiciera cambiar de opinión. Iba a ir a por todas, y pasara lo que pasara me lo pasaría genial.

12 de julio de 2004, 3:15 am, no paraba de dar vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de dormir, puede demostrar científicamente que lo de contar ovejas no funciona. Por la mañana temprano cogeríamos el Talgo dirección Madrid, sin duda el viaje más largo que haría en mi vida, lo más lejos que me había alejado de mi casa fue a Andorra con mis padres cuando tenía doce años, lo demás escapadas a Barcelona, Figueras, Girona, Tortosa y poco más, todo dentro de Cataluña. Era un paso increíble, y además lo hacía con mis amigos, que bien sonaba eso, amigos. Y lo mejor de todo allí estaba ella, la volvería a ver, para bien o para mal, pero estaría con ella otra vez después de tanto tiempo.

El viaje era una tortura, más de cinco horas metido dentro de aquella lata, no sabía si era la impaciencia o el agobio, pero el viaje fue eterno. A ver qué día ponen una estación de AVE en Tarragona, me habían dicho que

con el AVE en poco más de dos horas habríamos llegado. Por suerte, dos años después, en 2006 la inauguraron.

La estación de Atocha era espectacular, nunca había visto nada igual, no era comparable con la de Tarragona. Tan solo el hecho de que fuese cubierta en su totalidad ya era impresionante, pero los jardines de su interior parecían más un bosque de fantasía que un jardín interior. La amplitud, infinidad de andenes, tiendas, escaleras mecánicas, parecía un pueblerino que pisaba una gran ciudad por primera vez. Pero realmente lo que más llamó mi atención, lo que se me quedó grabado en mi memoria para siempre eran la cantidad de flores, dedicatorias y fotos de las víctimas del atentado terrorista que aconteció a pocos metros de donde estábamos hacía tan solo cuatro meses. Había seguido la noticia desde casa, pues fue un acontecimiento que zozobró los cimiento de todo el país, desde casa lo veía tan lejos, pero ahora estaba ahí. Es probable que alguna de las 192 víctimas que fenecieron allí hubiera pasado alguna vez por donde yo estaba pasando.

En Atocha cogimos el metro hasta Gran Vía, pues ahí es donde estaba el apartamento que nos habían cedido. El viaje empezaba a gustarme, tras las cinco horas infernales de tren, viajar en metro me encantaba, tan solo había pisado el de Barcelona en alguna ocasión y para mí era prácticamente una novedad. Y a pesar de parecer un poco lerdo, las escaleras mecánicas me fascinaban, ya que aparte del Parc Central de Tarragona y del Punt de Trovada de Andorra, no me había subido en ninguna. Desconozco la experiencia viajera que tendrían los otros, pero creo que al ver como disfrutaba de todas aquellas nimiedades, pasaron un poco de vergüenza ajena. Diré en mi defensa que el metro de Madrid es el más grande de España y está entre los 10 más grandes del mundo, si eso no impresiona a un foráneo como yo no sé qué puede hacerlo.

Pero las excitaciones no terminaron aquí, cuando saque mi cabeza por la boca de metro de Gran Vía y vi aquella impresionante avenida de 6 carriles a rebosar de vida, cientos de personas de todos los tipos, orígenes, etnias, compartiendo escenario, algo totalmente cosmopolita. Decenas de coches, camiones, autobuses y taxis, tratando de llegar a sus destinos, copaban la totalidad de los carriles en ambos sentidos de la marcha. Era una exaltación de energía, de vida, en definitiva, una gran ciudad en estado puro. Envolviéndonos como murallas de una antigua fortaleza, filas y filas de edificios discurrían paralelos a la gran avenida a derecha e izquierda, dejando pequeños huecos entre ellos que daban nacimiento a pequeños afluentes de la principal. Alguien me comentó una vez que cuando viajas a Madrid hay que mirar hacia arriba más que adelante, y era cierto, corrías el riesgo de impactar contra algo o alguien, pero las vistas de aquellos edificios centenarios, perfectamente mantenidos, y con estructuras diseñadas y realizadas por auténticos artistas. Parecía un museo urbano dispuesto para el disfrute del

transeúnte.

Observe a los demás y parecía ser el único que estaba disfrutando al máximo de aquel espectáculo urbano de vida. Los demás, andaban más preocupados en situarse para localizar el apartamento que del "carpe díem" que suponía estar allí sin horarios ni preocupaciones. Finalmente, verificado que estábamos en el lado adecuado de la calle, indició indicado por la imparidad del número de casa que buscábamos, solo tuvimos que avanzar cien metros más en dirección Plaza España para llegar a nuestro destino.

Las dos del mediodía anunciaban su llegada, subimos al apartamento abandonando las maletas sin deshacer y salimos a comer algo. Por la tarde tocaba ir de turistas, teníamos muy cerca Puerta del Sol con su Oso y su Madroño, símbolos por excelencia de aquella gran ciudad, acompañados por el mítico reloj con el que todos los años gran parte de los españoles nos comemos la uva al son de las campanadas y siguiendo la Calle Mayor podíamos ver la Plaza Mayor, toda la parte antigua, llegar al Palacio Real y terminar en el Manzanares si queríamos. Era ruta suficiente para pasar el resto del día, esa noche no hicimos nada, quedaban muchas para disfrutar de la nocturnidad madrileña y mañana ya decidiríamos qué hacer. Había tantas cosas que ver, el Retiro, el Museo del Prado, el Palacio de las Telecomunicaciones, el Santiago Bernabéu, el Templo de Debob, el Monumento a los Caídos, el Escorial y cien cosas más. Desde que sabía que haría el viaje estuve estudiando por internet esa gran urbe y barajando visitas que poder realizar allí. Pero lo más importante de todo era mi cita sorpresa a Alicia. Ese momento llevaba robándome le sueño desde hacía días, notaba mi pulso y mis nervios más acelerados de lo normal. El día siguiente, tras una buena ducha y merecido desayuno, me encaminaría hasta ella. Muchas cosas podían salir mal, era verano, fácilmente podía estar de vacaciones, o dando un paseo con sus amigas o con algún amigo, quien sabe. Y en caso de hallarla en casa, quizás me repudiara por el simple hecho de presentarme de improviso sin avisar, me creyera loco o perturbado. Qué negatividad, estoy seguro de que si en ese momento hubiera buscado ese vocablo en la R.A.E. mi foto acompañaría a la definición. Quería contemplar otra opción: la de que se alegraría de verme, saldríamos juntos a ver Madrid, nos perderíamos en el romanticismo de esta ciudad y juntos pasaríamos una semana muy especial y romántica. Quién sabe, igual poníamos la primera piedrecita en algo que podría ser más grande. Ojalá.

Los primeros rayos de luz atravesaban las gruesas cortinas que tapaban las ventanas, pues no estaban equipadas con persianas. La ligereza de mi sueño a esas horas no fue suficiente obstáculo para que el brillo penetrara en mis ojos y activaran mi metabolismo, no tenía mucho más sueño y si quedaba algún resquicio, solo sabiendo lo que me esperaba en esa jornada, desaparecía. Tras adoptar la verticalidad, lo mejor de la mañana, una buena ducha. Ser el primero era la clave, ya que éramos cinco y solo

un baño, así que la planificación era muy importante. Poco a poco, como osos surgiendo de su letargo invernal, Marcos, Leo, Amaya y Jose fueron saliendo de sus madrigueras.

Esa mañana no pensaba acompañarles en sus excursiones, yo tenía planificada otra meta más importante. Mientras desayunábamos, empezamos a planificar como desarrollaríamos la jornada. Qué opciones había y que habíamos pensado cada uno.

—¿Qué os parece si salimos dirección Palacio Real, vamos viendo todo lo que nos encontremos sin prisa y cuando sea la hora de comer nos paramos por ahí? —Expuso Marcos.

—Por mi bien —ratifico Leo.

—A mí me da igual, por donde queráis, total yo estudio aquí y me lo conozco todo bastante bien, incluso os puedo hacer de guía.

—¿Jose tú qué dices? —preguntó Leo.

—Lo que queráis a mí solo me interesa que haremos esta noche, y si podemos hacer una siestecita esta tarde sería genial.

—Tú siempre pensando en lo mismo, fiesta, fiesta y solo fiesta. —recriminó Marcos.

—Cada uno le va lo que le va —se defendió Jose.

—Pues hacemos lo que he dicho. ¿Tú que harás Salva?

—Pues mi intención es la de acercarme a casa de Alicia, a ver si está, y hablar con ella, y depende lo que pase, pues, ¿no sé?

—¿Quieres ir hoy tú solo? ¿Estás loco? Sin prácticamente no os conocéis. ¿Cómo te vas a presentar solo sin más? —me recriminó Amaya.

—Lo quiero hacer así Amaya, si hay alguien más me cohibiré y no seré capaz de mediar palabra quedando como un auténtico idiota.

—Sí, claro, y de esta manera solo quedarás como un tío un poco rarito.

—¿Rarito? ¿Por qué? —le cuestioné.

—¡Como que!, ¿por qué? Si se presenta de repente una tía en tu casa que conociste un día de fiesta a quinientos quilómetros de tu casa, ¿lo verías normal?

—No lo sé, pero por lo menos la escucharía.

—Claro, porque eres un tío y todos pensáis con lo mismo.

—Amaya no te pases, no tiene nada que ver con eso. Además, ella me dejo la puerta abierta con el mensaje que me mandó. Si no hubiera pretendido nada, tan solo tendría que haberse ido sin más y ya está. Bueno, es igual lo tengo decidido así, y así lo haré.

—Vale estréllate si quieres, pero a mí no me comprometas. Invéntate lo que quieras, pero no enturbies mi relación con ella.

—No tienes que preocuparte por ello.

En el papel que me había escrito, Amaya ponía Calle de las Aguas, 33, no quedaba muy lejos de donde teníamos el apartamento, poco más de 20 minutos andando calculé. Por lo menos la ruta era agradable: atravesaba la Plaza Mayor, continuaba discurriendo por pequeñas calles repletas de tabernas, bares y locales artesanales, a mi derecha con una imponente presencia se alzaba la Iglesia de San Andrés Apóstol y sin darme cuenta del tiempo ya me encontraba en las inmediaciones de mi destino. Entonces es cuando empecé a arrepentirme de no haberla llamado primero para informarle de mi presencia e intenciones, incluso por un momento di la razón a Amaya. Pero ya era tarde, llegados a este punto, como dicen en el póker, iría con todo.

El edificio constaba de cuatro alturas, según las indicaciones que tenía por escrito, ella vivía en la segunda planta. Me coloqué delante de aquella puerta de doble hoja de madera con acabados en forja, que limitaba la entrada al portal. Intenté mirar a través del cristal con la intención de observar los buzones y poder cerciorarme de que era el sitio correcto, pero fue imposible, la oscuridad dentro del portal no dejaba entrever nada en absoluto. No había ni una miserable luz testimonial que diera un atisbo de claridad al rellano. No quedaba otra, tenía que llamarla mediante un diminuto portero automático empotrado en la pared.

—¡Riiiiiiiiiiiiiiiiing! —sonó el portero automático.

Se hizo un silencio eterno, por un lado, quería que no contestara nadie, estaba aterrado, me temblaba todo, tenía mis nervios haciendo horas extras. Pero, por otro lado, si no contestaba, sabía que me iría con un sentimiento de decepción superior a la posible derrota.

—¿Quién es? —contestó una voz de mujer muy distorsionada.

—¿Alicia...?

—¡Sí!, ¿quién es?

Al escuchar aquello me quedé mudo, era como uno más de los pilares que formaban parte de la estructura del edificio. Estaba mudo y congelado. Respiraba porque eso no era algo que controlara voluntariamente, si no probablemente me habría ahogado.

—¿Quién es? —repitió nuevamente Alicia.

—So... soy Salva... —conseguí balbucear.

—¿Salva?, ¿qué Salva?

Al escuchar aquello el corazón me dio un vuelco, o no se acordaba de mí, o no quería acordarse, cualquiera de las dos opciones era mala. Si no se acordaba es que no le importaba absolutamente nada por lo que estaba de más allí y si no quería acordarse es que le resultaba inadecuada mi presencia, de cualquier manera no pintaba muy bien.

—De Salou, este verano en el pup, ¿te acuerdas?

—¿Cómo?, ¿eres tú?, ¿en serio?, no puede ser.

—Si, aunque parezca una locura, soy yo, había pensado...

—Espera un momento que bajo, no me gusta hablar por aquí.

Me quedé con la mente en blanco, petrificado, parecía más que esperara a mi verdugo que a la mujer cuyo recuerdo hacía latir mi corazón. Al igual que en el pup supe controlar el juego, ahora sentía que estaba perdiendo la partida sin aun saber cómo se jugaba. Planee mil veces este día, pero como bien dicen la realidad supera con creces la ficción.

—Sí que es verdad que eres tú. —Me sorprendió Alicia mientras estaba absorto en mis elucubraciones.

—¡Alicia!, hola... —Es todo lo que fui capaz de decir después de tanto tiempo deseándola ver de nuevo.

—¿Qué haces tú aquí?, ¿pero tú no vivías en Tarragona?, y ¿cómo has conseguido mi dirección? —me interrogo Alicia.

—¡Buf...!, es un poco largo, pero si quieres puedo explicártelo.

—¿Pero tú eres de Tarragona, o no?

—Sí, soy de Tarragona y estoy aquí de vacaciones con unos amigos, y he

pensado pasarte a ver por si querías tomar algo.

—¿Y ya está?, me conoces durante unos días hace un año en un bar, y un año después te presentas en mi casa, ¿no serás de esos que van acosando a la gente? Y aún no me has dicho como has sabido mi dirección, porque yo no te la di. —Su voz sonaba un poco alterada y el tono empezaba a no gustarme demasiado.

—¡Por Dios, Alicia! No digas eso, jamás imaginé que te lo tomarías así, ha sido un tremendo error venir aquí. Amaya tenía razón. —Los nervios estaban ya a flor de piel, las lágrimas estaban llamando a la puerta de mis ojos y yo luchaba por no dejarlas entrar.

—¿Amaya?, ¿de qué conoces a Amaya?

—Es la pareja de uno de mis amigos, Leo.

—Creo que empiezo a entender. Ha sido ella la que te ha dicho mi dirección.

—Sí, es lo que quería explicarte, ha sido todo una simple casualidad, una tremenda coincidencia.

Estuve un buen rato explicándole todo lo que ocurrió en fin de año, como conocí a Amaya por puro azar, y como salió la conversación en mitad de la borrachera de Marcos. La planificación del viaje durante la celebración de San Juan en la playa, en el cual yo no tuve nada que ver, fue idea de Leo y Amaya, donde me vi un poco arrastrado, ya que a primera instancia dudaba un poco. Como poco a poco se fue formando en mi cabeza la descabellada idea de darle una sorpresa presentándome en su casa, algo que ratificaba, había sido un tremendo disparate del que me arrepentía profundamente.

Como buen jurado se tomó un instante para deliberar, mientras procesaba todo lo expuesto.

—Discúlpame, porque me he pasado un poco antes, pero es que me has pillado desprevenida, a la última persona en este mundo que esperaba ver hoy era a ti.

—Lo sé y lo entiendo... —conteste con resignación.

—Espera, permíteme acabar Salva, por favor —me rogó—. Quiero que entiendas que esto no lo puedes hacer así, se nota que eres buen chaval, pero no te puedes presentar en casa de una desconocida así sin avisar. La impresión que das no es buena.

—Pero tú me dijiste en el mensaje...

—Si te deje un mensaje con la intención de que tuvieras mi número y me llamaras. Recuerda que no te di más información mía que esa. Igual era por algo.

—Tienes razón, no lo razoné así. He visto demasiadas películas en las que se hacen locuras de estas y salen bien. Está claro que en el mundo real no funcionan.

—Siento destruir todas las expectativas, o ilusiones que te hubieras hecho, pero lo mejor es que te vuelvas a tu apartamento y olvidemos este momento.

—Sí, será lo mejor. Lo siento.

Me di media vuelta y sin quererla mirar a la cara, ni escuchar lo que fuera que me estaba diciendo, me aleje de allí con paso firme y rápido. Decidí perderme por Madrid, pues no me apetecía lo más mínimo encerrarme en la habitación y menos, enfrentarme a la cara de ya te lo dije de Amaya. Apagué el móvil, no quería hablar con nadie, necesitaba pensar, necesitaba caminar, necesitaba llorar...

Camine y camine todo el día, no fui consciente de la hora hasta que vi que el sol entraba en su eclíptica, por lo visto llevaba horas caminando en círculos, pues no estaba lejos del apartamento. Recordé que tenía el móvil apagado, y siendo la hora que era seguramente me habrían llamado preocupados por donde estaba. Lo que no sabía es si Alicia habría llamado a Amaya. Pues otro de los errores cometidos fue que había involucrado a Amaya, cuando le prometí que la dejaría al margen.